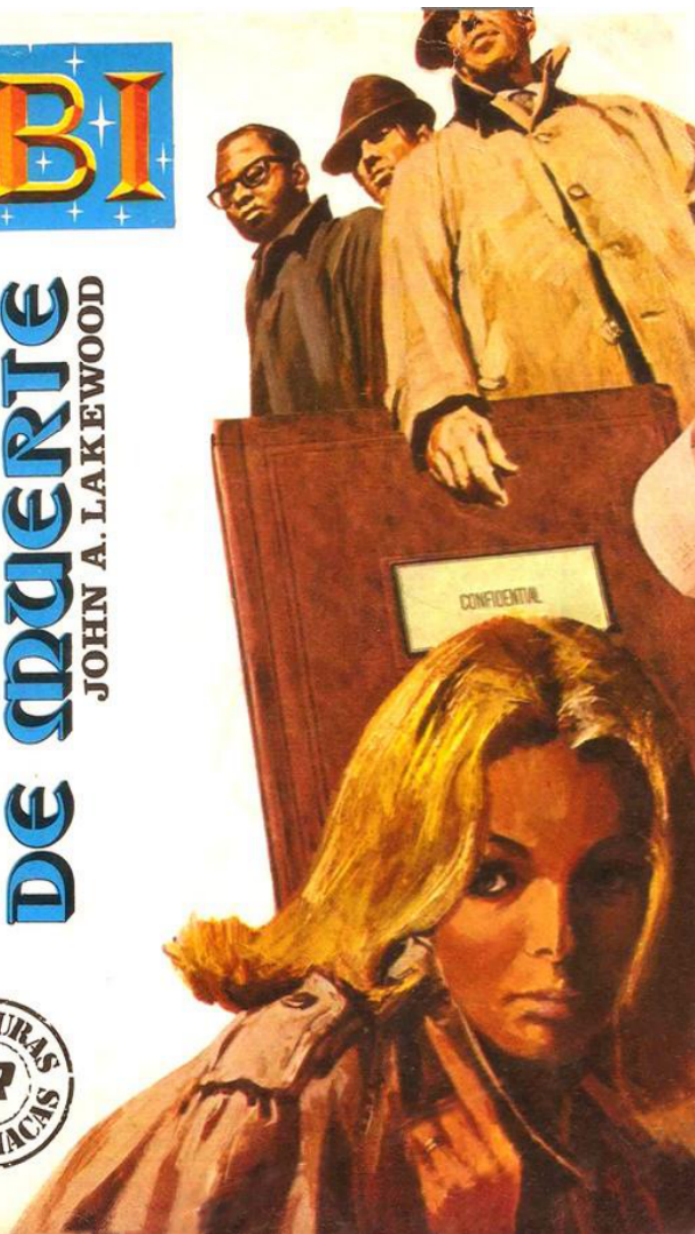


FBI

MELODIAS DE MUERTE

JOHN A. LAKEWOOD





© John A. Lakewood
Derechos reservados por
EDITORIAL ROLLAN, S. A.
PINTO (Madrid)
ESPAÑA

I. S. B. N. 84-04-01538-4

Depósito Legal: M. 12.540 - 1973

Printed in Spain

Suc. de Rivadeneyra, S. A. - MADRID

JOHN A. LAKEWOOD

Melodías de muerte

Primera edición

EDITORIAL ROLLAN, S. A.
PINTO (Madrid)
ESPAÑA

CAPÍTULO I

EN la sala de conciertos de Andrew Carnegie se habían dado cita las figuras más destacadas de Nueva York. No pocos políticos, financieros y diplomáticos se trasladaron desde Washington y otras poblaciones para escuchar a Giovanni Melotti en el único concierto que dirigiría en los Estados Unidos.

El eminente músico pensaba ir a Europa para refrendar, una vez más su indiscutible genio.

Los numerosos italianos que se hallaban en el «*music hall*» se dejaban ganar por la grandiosidad de la partitura, por su perfecta ejecución, por el orgullo de raza.

Ninguno ignoraba el angustioso pasado de Melotti, su vida de bohemia, su incurable enfermedad, fruto, según eminentes facultativos, de sufrimientos y privaciones.

Nacido en Brooklyn, de modesta familia genovesa, pronto se despertó en Giovanni la afición a la música. Huérfano a los catorce años, se negó a aceptar ningún empleo que le apartase de sus estudios de piano. En Nueva York se mostraban reacios a admitir que aquel jovenzuelo insignificante pudiera ser un director de orquesta. Le faltaba personalidad.

Melotti, amargado por la general incomprensión y el desprecio, se trasladó a la patria de sus padres, y allí, tras no pocas vicisitudes, consiguió destacar. Su carrera de triunfos fue tal que de todas las naciones del mundo reclamaron su presencia. Aceptó con una excepción: Norteamérica. Sentía un profundo rencor contra sus compatriotas.

Le decidieron sus amigos de juventud. «Tendrás a tus pies, admirándote, a los que negaron tu talento».

Aquella era la revancha de Giovanni Melotti. Su batuta semejaba

tener vida y su cuerpo menudo se agigantaba.

La «Sexta Sinfonía» llegaba, como nunca lo hizo, al corazón de los que, sobrecogidos por la presencia de lo sublime, medían el ritmo de sus respiraciones para no turbar, en el grandioso amanecer del espíritu, la paz de los pastores que, pasada la tormenta, danzaban alegres entre el sonido burbujeante del riachuelo, y las palabras de amor...

—¡Melotti es un asesino, un espía!

La batuta del director se alzó enérgica, reclamando silencio. Cesó la música y los tres mil espectadores se volvieron hacia quien lanzaba tales acusaciones.

Reinó el confusionismo. De pronto, Giovanni, llevándose las manos al pecho, cayó desvanecido. Uno de los que ocupaban las primeras filas gritó:

—¡Le han matado!

Algunas mujeres se desmayaron. La transición de la belleza a la violencia había sido demasiado brusca.

Los policías de servicio en el local se dirigieron al que interrumpió el concierto, mientras los profesores de la orquesta se acercaban a Melotti. Las luces se apagaron y varias detonaciones de arma de fuego provocaron una desbandada general en el público. Se oían voces reclamando serenidad, pero los gritos de terror las ahogaban. Los habitantes del gran Nueva York conocían demasiado la audacia y crueldad de los gángsters y, sin duda, supusieron una venganza o un asalto a la sala de conciertos sin precedentes en la historia del delito.

Las linternas de los agentes y acomodadores enfocaban a los pocos que, dominando el pánico, permanecían en sus asientos, temerosos de ser arrollados por la multitud.

Tras unos minutos de oscuridad, se encendieron de nuevo las luces. El salón se hallaba medio vacío y no quedaba ni rastro del que provocó el incidente.

En el camerino de Giovanni, el inspector Richard Kohorn, de la Metropolitana, escuchaba atentamente las palabras de Stefan Dobrita, de nacionalidad austríaca, médico particular del famoso director de orquesta.

Le dieron en un hombro, a unos centímetros del corazón. Le ha salvado la Providencia. Creo que...

—¿Tiene ahí la bala? —le interrumpió el policía.

—Sí. No fue difícil extraerla. El proyectil se hallaba alojado en paquete muscular.

Richard Kohorn, a la vista del trozo de plomo, no tuvo duda de que el arma homicida era una «Browning». Manifestó sus pensamientos en alta voz:

—Sin duda utilizaron un silenciador. Estoy seguro de que los otros disparos fueron hechos para sembrar el pánico.

—¡Maldita sea la hora en que se me ocurrió pedir voluntariamente este servicio! Deseaba admirar a Giovanni. En sus años juveniles tuvimos cierta amistad. ¿Puedo saludarle?

—No es conveniente. Hágalo otro día. Nos hospedamos en el Waldorf Astoria. Le ruego que ponga dos agentes a la puerta del escenario para que nadie entre. Melotti necesita descansar...

El inspector de la Metropolitana comenzó sus investigaciones interrogando al electricista del *music-hall*, quien manifestó:

—No estaba en mi puesto. Dejé la sala a media luz y me dispuse a escuchar el concierto.

—Algo muy natural —repuso desalentado Richard Kohorn—. Llamaré a Jefatura...

Mientras tanto, en uno de los más conocidos drive-in cinema [1] de Manhattan, un individuo, de negra perilla y recortado bigote, desconectó el altavoz que el empleado había introducido en el vehículo. Luego se volvió al que le acompañaba, de rostro ancho y nariz deforme diciéndole:

—Hemos llegado a tiempo, Sprigg. Me hubiese molestado aguantar todo el programa. Nadie nos siguió. Indudablemente Henry conoce bien la psicología de las masas.

El aludido no respondió, atento a la pantalla, situada en lo alto de las distintas rampas donde se estacionaban modernos automóviles, algunos de ellos ocupados por familias enteras que se acogían al beneficio económico de tal clase de espectáculos donde no se paga por persona, sino por vehículo.

El programa de sesión continua, constaba de una película base y documentales, uno de ellos anunciado con gruesos caracteres de imprenta. Se trataba de la «filmación» de un concierto del famoso Giovanni Melotti.

Transcurrieron los minutos. El de la perilla, satisfecho del éxito de su trabajo, quizá pensando en la espléndida remuneración, estaba optimista. Intentó hacer hablar a su compañero.

—¿Te vio alguien maniobrar en el interruptor?

—No.

—¿Y los demás?

—Salieron antes que nosotros.

Ernest Sprigg, gángster que se alquilaba al que mejor y más le pagase, sacó su revólver de una funda axilar, metiendo en él dos proyectiles. El individuo de la perilla, Lucius Moley, observando el gesto malhumorado de su amigo, preguntó:

—¿Por qué estás inquieto? Siempre, después de dar un golpe, te mostraste contento. ¿Qué te ocurre?

—Tengo el presentimiento de que me han reconocido. Hubo un tipo que me miró fijamente al abandonar el local.

—¿Policía?

—No. Quiero recordar dónde he visto esa cara en otra ocasión y no lo consigo. Va a empezar.

Ernest Sprigg descapotó el automóvil, un moderno «Cadillac». Lucius Moley sacó un pequeño aparato de cinta magnetofónica, no sin antes poner en funcionamiento el altavoz del cinematógrafo, graduándolo. Tranquilizado, esperó unos segundos. En la pantalla apareció, en gruesos caracteres, el nombre de Giovanni Melotti, y a continuación la ficha técnica del documental, rodado en Bélgica.

El hombre que llamó asesino y espía al director de orquesta puso en marcha la cinta, que registró los fragmentos musicales.

Una vez hubo terminado, miró al gángster, que acababa de sacar una ametralladora de debajo de uno de los asientos. Murmuró, con voz ronca:

—Vamos. Están a la izquierda. Me repugna traicionarles.

—A mí también.

Lucius Moley, en el «Cadillac», describiendo una leve curva, se dispuso a abandonar el drive-in cinema. A ambos lados de la pista, que conducía a una gran puerta de madera, se hallaban numerosos coches. Al pasar ante uno, ocupado por dos hombres, la ametralladora que portaba Ernest Sprigg vomitó su mortífera ráfaga. Moley, seguro de que los proyectiles encontraron el blanco apetecido, a toda velocidad, salió del local, enfilando la calle 50,

hasta desembocar en la Quinta Avenida, donde aminoró la marcha.

Los dos gánsteres iban serios. Sprigg encendió un cigarrillo.

Se detuvieron a la altura de la Catedral Católica de San Patricio.

—Es la hora justa. El jefe ha cronometrado bien el tiempo.

Como las otras veces, Ernest Sprigg no contestó a las palabras de Moley.

El portal estaba abierto y el vigilante nocturno no les interceptó el paso. En silencio, subieron en el ascensor al piso séptimo.

Llegaron a una puerta, que Lucius franqueó con una pequeña llave, y atravesando un pasillo, entraron en una habitación a oscuras. Sprigg fue a sacar la linterna. No llegó a hacerlo. Una voz, de extraordinaria sonoridad, conminó:

—¡Quietos! Os estoy encañonando.

—Sobran las amenazas, jefe —respondió Ernest—. Venimos a comunicarle que...

—Todo se ha realizado con éxito —le interrumpió el mismo individuo—. Lo celebro. Buen espectáculo el del concierto. He decidido gratificaros con quinientos dólares más. Encontraréis el dinero sobre la mesa una vez que me haya ido.

Ernest Sprigg se orientó por la dirección de la voz y, decidido a vengar a sus camaradas y acabar con el terror del misterioso jefe, desenfundó rápidamente, haciendo fuego. La respuesta fue una carcajada.

—Sabía lo que pensabas hacer. Lo siento por ti.

Cuando Ernest Y Lucius quisieron arrojar al suelo ya era tarde. Las luces se encendieron y dos proyectiles les perforaron la cabeza.

Más tarde, la policía, llamada por el sereno, pudo recoger una última confesión de los labios de Moley.

—Se hace llamar Henry. Él nos ordenó lo de Giovanni...

El gánster no pudo continuar. Un vómito de sangre cortó para siempre su existencia de crímenes.

El inspector leyó en alta voz el informe.

«Durante el rodaje de un documental informativo de la actuación de la policía, una de las armas con las que simulábamos un asesinato estaba realmente cargada, resultando muerto un actor. Remitimos el presente informe después de la lectura del atentado contra Giovanni Melotti. La música de fondo era la que

escribió el citado director en su juventud para expresar la miseria de Harlem...»

Richard Kohorn miró a su jefe, al comisario Drukker. Dijo:

—Después de dos días de trabajo incesante no logré averiguar nada.

—No se preocupe. He de darle una noticia. El

F. B. I.,

se hace cargo del asunto.

—¿Los federales? —preguntó extrañado el inspector.

—Sí. No dan explicaciones, como siempre, pero hay que obedecer. El asunto, al parecer, cae dentro de su jurisdicción.

—¿Dónde va?

—No se inquiete, comisario. No pienso actuar por mi cuenta. Soy amigo de Giovanni Melotti. Le haré una visita.

—No necesito decirle que...

—Sí, prudencia. Lo de siempre. Otros siguen lo que comenzamos nosotros. La prensa cargará contra el Departamento. Poco grato, ¿verdad?

El comisario Drukker se encogió de hombros. Kohorn, montando en un taxi, dio la dirección del Waldorf Astoria.

Durante la media hora del recorrido evocó sus relaciones con el ya famoso director de orquesta. Supuso que le recibiría bien. Por entonces, Richard, poseedor de una magnífica voz, intentaba actuar en cualquiera de los teatros de Broadway, sin conseguirlo. Al fin, desengañado, ingresó en la policía.

El vehículo paró en la calle 33. Kohorn, tras abonar el importe del viaje, llegó a la Quinta Avenida. La mañana era espléndida.

Uno de los veloces ascensores lo condujo al piso noveno, ocupado por Melotti, su secretario y hombre de negocios, un francés llamado Pedro Thiers, y su médico. Fue este último el que salió a recibirle.

—¿Qué tal, inspector? ¿Cómo van esas investigaciones?

—Siguen su curso. Esperamos detener en breve a los culpables. ¿Y Giovanni?

—Procurando refrescar sus nervios. Tuvimos que suspender varios conciertos en Europa. ¿Vino a verle? Hemos hablado de usted. Lamenta que eligiera tan pésimo oficio. Afirma que tiene

buena voz.

—Tenía, doctor. Los años no pasan en balde.

Stefan Dobrita, sonriendo afectuosamente a Kohorn, respondió, mientras le señalaba la puerta que conducía a las habitaciones particulares de Melotti:

—Quizás aún esté en condiciones de dar lecciones a muchos «divos». Pase.

El recibimiento de Giovanni, reclinado en un cómodo sillón, no pudo ser más efusivo.

—Siéntate, Richard. Tú me traes el recuerdo de los buenos tiempos. Ahora, al final del camino, se da uno cuenta de que lo único que vale de la vida es la lucha. ¿Vienes a interrogarme?

—¿Porqué?

El semblante del músico se iluminó con una sonrisa cordial.

—Sería lógico. Alguien me acusó de criminal y de espía.

—No bromees, Giovanni. Cambiaste mucho.

—Ya conocerás la historia. Los periodistas se han ocupado de divulgarla. Estoy enfermo. Te encuentro más grueso.

—Vegeto. A los de la Metropolitana no nos dejan más que casos vulgares.

—Como el mío, ¿no?

—Ni aún ése.

Había hablado dejándose llevar por el impulso, la admiración y la amistad que experimentaba por su antiguo amigo.

—¿Quién se ocupa de esclarecer mi atentado?

—Otra sección. No hablemos de ello. ¿Y la herida?

—Cicatrizando —intervino el médico—. No hay por qué inquietarse. No obstante, habremos de permanecer en los Estados Unidos una larga temporada.

La conversación giró sobre temas artísticos. Richard Kohorn, al abandonar el cuarto del hotel, iba satisfecho de haber reanudado una vieja amistad.

CAPÍTULO II

EL agente John Medway levantó la cabeza sorprendido diciendo a su compañero Walter Stebbins, inspector de la Oficina Federal de Investigación.

—Examina esta bala. Es la que hirió a Melotti.

El aludido, que trabajaba en uno de los laboratorios del F. B. I., en Nueva York, se inclinó sobre el moderno microscopio, graduándolo. Tras quince minutos de examen, miró a su compañero.

—Increíble. Ese hombre llevaba puesto el *smoking*. ¿Qué piensas?

—Muchas cosas, Walter. Creo que se impone una visita a alguien que no nos verá con mucho agrado a Richard Kohorn, de la Metropolitana. Ese proyectil ha sido disparado con la misma pistola que mató a Ernesto Sprigg Y Lucius Moley.

Meditaron los dos hombres en silencio.

—Feo asunto —reconoció el inspector adelantando ligeramente su pronunciado mentón que le daba un aspecto de permanente agresividad—. ¿Qué noticias hay de Washington?

—Las que ya conoces. En Francia actúan dos de nuestros camaradas, misión especial, y el Estado Mayor quiere resultados rápidos.

Redactaron un informe sobre sus descubrimientos y luego salieron a la Bahía Gowanus, donde les esperaba un moderno «Nash», en el que montaron. Eran las cinco de la tarde y por las calles del municipio de Brooklin no circulaba mucho público. Las oficinas cerraban una hora después.

Sin apresurarse, atravesaron el East River por el puente de

Washington, admirando el enorme tráfico marítimo, entre el que destacaban innumerables *ferry-boats* y toda clase de pequeños vapores que enlazan Nueva York con West Point, Albany y otras ciudades costeras.

En la Jefatura de Policía hallaron a Richard Kohorn, quien, sin levantarse, les preguntó:

—¿Qué desean?

—Informes de lo que haya podido averiguar con respecto a la muerte de los dos gángsters. Se nos ha encargado del asunto.

Walter Stebbins mostró una credencial, que el inspector examinó cuidadoso.

—

F. B. I.

—comentó—. No lo entiendo.

—Sí —repuso John Medway—. Pedimos su colaboración entusiasta, no su colaboración oficial. Deje a un lado puntílleos de Cuerpo, propios de principiantes. El caso es de extraordinaria gravedad.

—¿La mano? No solicitamos el caso.

El inspector tendió su diestra, con ademán amistoso.

Richard la estrechó, invitándole:

—Siéntese. Ernest Sprigg había sido condenado dos veces por robo, sin que se le pudiera probar nunca su intervención en delitos de sangre. Era un tipo sin otra conciencia que la que él llamaba profesional. Fue uno de los que atentaron contra Melotti.

—No —interrumpió Stebbins—. La bala que hirió a Giovanni no corresponde al arma de Sprigg. Al parecer se limitó a disparar al aire para aumentar el confusionismo.

—Deducía únicamente. Les entregaron las pruebas a ustedes. Prosigo. Lucius Moley era uno más en el mundo de la delincuencia. Intervino en una falsificación de billetes y fue condenado a cinco años. En

Sing-Sing

conoció a Sprigg y desde entonces trabajaron juntos. Eso es todo.

—Gracias. ¿Qué tal persona es Melotti?

—Es bueno, aunque amargado. Le he visto una vez.

—Evítese el relato. Poseemos un informe completo del director de orquesta y allí aparece su nombre. ¿Podemos contar con usted?

Richard Kohorn miró a Walter, que se había puesto en pie para marcharse. Pese a su manifiesta hostilidad no pudo, menos de admirar los rasgos enérgicos del federal.

—Desde luego, aunque me han prohibido intervenir.

—No se preocupe. A nosotros nos prohíben muchas cosas. Obedecemos o no, según las circunstancias —intervino John Medway.

Abandonaron el despacho oficial de la Metropolitana, cenaron en un restaurante italiano de las inmediaciones del Parque Prospect y trazaron un plan de acción. Conocía a los íntimos de Ernest Spring.

El agente y el inspector federal se separaron. Cuatro horas más tarde un individuo mal trajeado penetraba en una sórdida taberna de Harlem, acomodándose en una de las mesas del fondo, donde pidió un doble de *whisky*, que le fue servido por un camarero de color.

Una mulata, de aspecto insinuante, se le acercó moviendo mucho las caderas. El hombre la rechazó. Rodeado de mujeres, un individuo tocaba a la guitarra un viejo son criollo.

John Medway, pese a su disfraz de hampón, destacaba de los contertulios de la taberna. Era alto. Nadie diría al ver su aparente delgadez que pasaba de las ciento setenta libras. Su cuerpo no albergaba ni un gramo de grasa.

Vio cruzar ante él a Ralp Hogan, peligroso jefe de gang, y siguiendo sus planes chistó a una muchacha que pasaba cerca de él. Ella, que no esperaba otra cosa, se aproximó.

—Me llamo Gloria. ¿Y tú?

—John —el joven no vacilaba en dar su propio nombre seguro de que, por su larga permanencia en el extranjero, nadie le identificaría—. Toma una copa. Me aburro. Después de diez años de «veraneo» —subrayó la palabra— me encuentro desorientado en Nueva York. ¿Qué vas a tomar?

—*Whisky*. ¿Buscas a alguien?

—Sí. Cuando «soltaron» a Sprigg me dijo que viniese a verle aquí. No me atrevo a entrar en los reservados para que no me confundan con un «soplón» y me frían a tiros.

—Yo les avisaré. Me has sido simpático.

La muchacha se incorporó, desapareciendo tras una, pequeña

puerta que comunicaba, sin duda, con las habitaciones interiores. Cinco minutos después se acercó de nuevo.

—Pasa. El jefe quiere hablar contigo.

Ya en la trastienda, cinco hombres, de pésima catadura, le observaron. Ralp Hogan tomó la palabra:

—¿Buscabas a Ernest?

—Sí.

—¿Para qué?

—Estoy sin trabajo.

—¿A qué gang perteneciste?

—A ninguno. Actué por cuenta propia. ¿Está o no Sprigg?

—Le «despenaron» la otra tarde.

Nadie respondió. El que afirmó llamarse John tenía las manos peligrosamente cerca de la funda axilar. Ralp Hogan dijo:

—Si quieres unirme a nosotros necesitaré pruebas de que no mientes.

—De acuerdo. Pregunta en la cárcel de Cleveland. Te aseguro que es de las peores.

El diálogo lo había sostenido el joven, de pie, en actitud defensiva. Gloria, a su derecha, le contemplaba con admiración. Pocos hombres se atrevían a hablar así al Boss. Éste, con una sonrisa cínica, le desafió de pronto:

—«Saca».

Su mano voló a la funda sobaquera con su rapidez característica. Su asombro no tuvo límites al verse encañonado por un revólver. De disparar, los dos hubieran muerto. Ralp Hogan no pudo menos que reconocer:

—Eres muy rápido. Me interesas. ¿Quieres ponerte a mis órdenes?

—Eso pretendía. No gastes bromas conmigo. Soy muy aficionado a apretar el gatillo.

—Eso lo veremos dentro de poco. Nos acompañarás a una excursión por Manhattan. Espero que no te acobardes a última hora. Bebe.

El boss le sirvió *whisky*. John Medway, con pulso firme, alzó el vaso, y mirando a Gloria, brindó:

—Por ti, preciosa.

Apuró hasta la última gota de licor. Hogan hizo la presentación

de los que le rodeaban y luego ordenó:

—Vamos a los coches. Es una faena sencilla.

Por el camino, John fue informado. Se estremeció ante la imposibilidad de avisar a la víctima, uno de los magnates de la televisión.

No pudo menos que recordar una serie de hechos o coincidencias, uniéndolos entre sí. El atentado de Giovanni Melotti, el hallazgo de dos gangsters acribillados a balazos en un drive-in cinema, el incidente denunciado desde Los Ángeles en el que resultó un hombre muerto, y, por último, ahora, el asalto al chalet que en la avenida del Bosque habitaba Perry Marquat, principal accionista de tres sociedades de televisión.

En las proximidades del Central Park, Ralp Hogan mandó detenerse. Todos, apeándose, se acercaron a un grupo de hoteles.

—Quedaos guardando la puerta. Tú, John, ven conmigo. Quiero ver de lo que eres capaz.

Medway y el boss saltaron la verja de hierro, escondiéndose detrás de un alto seto. Tras unos minutos de prudente espera, Ralp Hogan e puso en pie.

—Puede haber puerros —le avisó John.

—No te preocupes. El mayordomo se ha encargado de acallarlos. Vamos.

Anduvieron en silencio hasta una ventana entreabierta, por la que pasaron a una habitación lujosamente amueblada. En la casa reinaba absoluto silencio.

John observó que el gángster conocía perfectamente el plano de la vivienda de su futura víctima e imaginó la forma de, sin fracasar en su misión, salvar la existencia al millonario. Propuso:

—Registremos cada uno un piso.

—No es necesario. Al final de esa escalera duerme Perry Marquat. Le despacharemos en un momento.

Ascendieron con el máximo sigilo, llegando al rellano, en el que había artísticos maceteros tallados en nogal. Ralp Hogan se detuvo junto a uno de ellos, escuchando. John vio llegado su momento y con una rapidez increíble sacó un fino bramante del bolsillo y de espaldas al boss ató la peana del pedestal de madera. Sin soltar el cabo, se apartó unas yardas.

—¿Qué haces? —le preguntó el gángster en un susurro de voz.

—Me ha parecido ver una sombra en el *hall*. Temo una emboscada.

El boss giró sobre sí, al mismo tiempo que Medway derribaba el macetero que produjo al caer un formidable estrépito.

Rap creyó haberlo empujado con la espalda, y pistola en mano, sabiéndose descubiertos, presionó con el hombro la puerta de la alcoba. Al comprobar que estaba cerrada disparó tres veces contra la cerradura, destrozándola. Fue a entrar y una bala silbó sobre su cabeza. Perry Marquat se defendía. John, escuchando a lo lejos el silbato de los vigilantes nocturnos, apremió:

—¡Fuera, Rap! Dentro de unos minutos esto se llenará de policías.

El gángster intentó por dos veces más trasponer la entrada. No pudo hacerlo. El prohombre de la televisión gritó desde dentro:

—¡Pase el que sea! Me haré a la idea de que sigo matando japoneses...

Hogan retrocedió y, seguido de Medway, alcanzó el jardín.

Los coches estaban en marcha.

—¿Qué ha pasado? —inquirió uno de los que aguardaban.

—No os importa —respondió el boss, airado—. El diablo nos hizo fracasar.

—El diablo no, jefe. Tu codo tuvo la culpa. De todas formas, la cosa hubiera sido difícil. Ese hombre duerme, al parecer, con una pistola en la mesilla y con el cerrojo echado por dentro.

—Lo contrario de lo que nos dijo el mayordomo. Ya le ajustaré las cuentas.

Los automóviles devoraban milla tras milla en dirección al refugio de Harlem. John se dijo que, posiblemente, siguiendo a las órdenes de Hogan, llegaría al conocimiento de quién asesinó a Ernest Sprigg y a Lucius Moley.

De madrugada pudo alejarse de sus nuevos compañeros y en un taxi se trasladó al dormitorio particular de Walter Stebbins para solicitar datos que le permitiesen trabajar con eficiencia. Los obtuvo claros y rotundos, comprendiendo entonces la importancia de su misión:

—He resumido en uno sólo los informes que me enviaron desde Washington. Utilizando las bandas sonoras de determinados documentales, Rusia envía órdenes a todos los países del mundo.

Me temo que nuestros productores cooperen, sin saberlo, a la difusión de consignas y órdenes secretas. Hay documentales como, por ejemplo, el del concierto de Giovanni Melotti, que se realizan en unas jornadas y con poco costo. Luego son distribuidos, constituyendo un buen negocio. El secreto está en conocer la clave. Nuestros expertos, pese a su continuo trabajo, no han conseguido descifrarla.

—¿Cómo se ha llegado al conocimiento de ello?

—Por deducción, en parte, pero, fundamentalmente, por los informes recibidos de nuestros hombres que operan tras el «Telón de acero». Uno ha conseguido infiltrarse en la organización enemiga, mas hasta ahora su labor es nula. Tú quedarás en Nueva York a las órdenes de Ralph Hogan y yo me trasladaré a Los Ángeles donde me espera uno de los mejores especialistas en la materia, adscrito a los Servicios Especiales del

F. B. I.

—¿Qué hay acerca de la acusación de espías de Melotti?

—Falsa, al parecer, por varias razones. El director de orquesta no ha frecuentado en sus *tournées* ningún círculo sospechoso. Su herida le avala. Los filamentos de lana adheridos al proyectil son de la camiseta de invierno de que nunca prescinde por temor a los resfriados. Interrogué al doctor Dobrita en tal sentido. Nadie va a exponer su vida por probar una coartada. Es difícil que los nervios no flaqueen cuando se dispara en las condiciones en que lo hizo el agresor de Giovanni. ¿Qué conseguiste tú?

—Bastante más de lo que creía —el joven hizo una relación minuciosa de los últimos acontecimientos—. Por un momento temí que tuviera que descubrirme para salvar la vida de Marquat.

—Vigilemos al mayordomo aunque temo que tras su pista lleguemos a un oscuro gángster —el inspector federal meditó unos segundos antes de proseguir—. Nos vamos a enfrentar a un delicado problema. No concibo a ningún magnate de la cinematografía capaz de aniquilar a sus competidores por la violencia. Sin embargo, no conviene destacar la hipótesis. Más de quinientas salas han cerrado. En la última estadística comparativa, se acusa un descenso de ingresos en los salones de espectáculos de treinta millones de dólares. Casi todos los que poseen un aparato de televisión prefieren quedarse cómodamente en casa y no frecuentar los «cines». ¿Un

poco de café?

—Gracias, Walter. Voy a dormir. Estoy rendido.

—No nos veremos entonces. Salgo a la una de la mañana para Los Ángeles. Suerte, John.

Los dos hombres se abrazaron afectuosamente...

CAPÍTULO III

LOS grandes salones de la «Sociedad Fílmica Internacional» congregaban en el catorce aniversario de su fundación a las personalidades más relevantes del mundo del celuloide. La colonia cinematográfica había respondido, como siempre, a la brillante fiesta, de la que los más importantes diarios publicaban todos los años cientos de fotografías en las que figuraban directores, técnicos y artistas de universal renombre. Giovanni Melotti, con el brazo derecho en cabestrillo, recibía el homenaje de los consagrados por la fama.

Entre los invitados, el inspector Walter Stebbins intentaba descubrir a Marión Forrest, firmante de la carta que recibiera por la tarde acompañándole una invitación para la velada de la «Sociedad Fílmica». Las instrucciones eran concretas. «Habla lo suficientemente bien el francés como para presentarle en calidad de estadounidense residenciado en Francia y ayudante de dirección».

Aquella fue la primera sorpresa de Stebbins. La segunda la constituyó la presencia de Giovanni, a quien suponía en Nueva York. Observó que Adward Dimitri, recién salido de la cárcel por haberse negado a contestar a las preguntas que le formuló el Congreso sobre su posible filiación política, charlaba de problemas técnicos con un director.

Abstraído, no reparó en la presencia de un camarero, con una bandeja repleta de copas de *champagne*.

—¿Bebe, señor?

—No, gracias.

Una voz femenina detuvo al sirviente, que se alejaba.

—No se retire. Brindaremos juntos, Walter. ¿Ya no reconoces a tu amiga Marión?

El inspector se volvió. Una muchacha bellísima, de larga cabellera rubia y ojos profundos, le miraba con simpatía.

—Hola, querida. No esperaba verte.

Apuraron las copas del espumoso vino y salieron al jardín.

—¿Qué hay de nuevo? —preguntó Stebbins.

—Poco y mucho. Hace una hora unos desconocidos asaltaron la empresa productora de documentales apoderándose de importantes materiales.

—¿Cómo lo sabes?

La mirada de Marión se iluminó con una sonrisa:

—Actuaron miembros de la división de choque a la que pertenezco.

—

¿C. I. A.?

—inquirió Walter Stebbins.

—Sí.

El inspector del

F. B. I.,

comentó:

—¡Todo un despliegue de fuerzas! Primero la Metropolitana, luego los federales y ahora el Servicio Secreto.

—No es la primera vez que nuestros departamentos colaboran ni será la última, espero.

—Así es. Me alegro de que te designaran a ti, Marión.

—¿Qué se pretende con el robo al que te referiste?

—Intranquilizar a los supuestos espías. Me desconcierta la presencia de Melotti. Aquí peligrará su vida...

No pudo terminar la frase. Walter la dio un empujón. Algo silbó junto al oído izquierdo de la joven mientras caía. Esperaba oír un disparo y sólo oyó un leve chasquido. Desde el suelo vio a Walter saltar un seto de boj y a continuación percibió ruido de luchas y maldiciones.

Se incorporó para acudir en auxilio del inspector del F. B. I.,

pero no pudo hacerlo. Una sombra corría en dirección al edificio. Stebbins, en pie, sacudiéndose el polvo del pantalón, murmuró ronco:

—Huyó. Nuestros enemigos no se descuidan. Nos han localizado.

—Sentí la bala a unas pulgadas de mi cabeza. ¿No le pudiste reconocer?

—No. Iba de etiqueta, por lo que deduzco que, tal vez, dentro de unos minutos, estrecharemos su mano. Vamos dentro. Afortunadamente vi brillar el cañón del arma.

Penetraron en el salón central, donde bailaban numerosas parejas. Un hombre de unos cincuenta años, de rostro simpático, prematuramente arrugado, se acercó a la muchacha:

—Ya era hora de que la encontrase, Marión. Llevo buscándola desde que vine.

—Me entretuve con este amigo, recién llegado de Francia. Tiene la desgracia de pertenecer a nuestro mundo. Es ayudante de dirección en París. Seguramente habrá oído nombrar a Walter Stebbins. Mi jefe, el señor Constable. Los amigos le llamamos Jack. Es uno de los pocos con los que se puede trabajar en esta locura colectiva del mundo cinematográfico.

—Gracias, Marión. Usted es la mejor secretaria que he conocido. Todos mis compañeros me envidian, pero pierden el tiempo. La tengo sujeta por un terrible contrato que durará varios años. ¿Se atreve a mortificarse bailando conmigo?

—Encantada.

—Ahí llega mi esposa. Ven, Sarah. Te presento a Walter Stebbins. Ahora nos reuniremos con vosotros.

La pareja se confundió con las que llenaban el local y el inspector se halló ante una mujer de marcado rostro eslavo, que frisaría en los treinta y cinco años. Su madura belleza y el encanto que emanaba de su sonrisa impresionaron a Walter, cuya primera frase fue un elogio sincero:

—¿Se molestará si le digo que admiro su distinción y su belleza?

—En absoluto. A las mujeres nos gusta sabernos admiradas. ¿Reside en Los Ángeles?

—Ahora sí; pero procedo de Francia. Pienso recorrer los Estados Unidos en busca de escenarios. Proyectamos una biografía de Washington.

—Muy interesante; pero, por favor, no hablemos de cine.

—Bailemos, entonces.

Sarah asintió. Durante toda la noche fue la inseparable compañera de Stebbins.

La fiesta terminó con las primeras horas de la madrugada. Marión ofreció a Walter su automóvil para llevarle a los Ángeles, donde residía, en el suburbio denominado Spanishtown [2].

El «Chrysler», propiedad de la joven, se puso en marcha, y, despacio, recorrió la distancia que separaba los estudios de los arrabales de la ciudad, torciendo por la calle de la Unión, junto al río San Gabriel.

—¿Dónde vamos? —inquirió el inspector del
F. B. I.

—Al laboratorio. Le presentaré a nuestros dos técnicos. Quiero saber si han obtenido algún resultado.

Abandonaron la ciudad hasta llegar a un hotel en la «Llanura de los Ángeles», famosa por su fecundidad semitropical, situada entre las Montañas de Santa Ana y las Sierras de San Bernardino. El edificio, de una planta, apenas si se veía detrás de un grupo de altas coníferas.

—Es mi domicilio particular y, a la vez, nuestro cuartel general.

Apenas descendieron del vehículo, fueron saludados por los ladridos de un enorme mastín, al que la muchacha acarició mientras penetraba en el vestíbulo de la casa. Stebbins tuvo que sufrir las miradas investigadoras de su criado.

—Es inspector del
F. B. I.

Walter, te presento a uno de los agentes de más ingrata tarea. ¿Y los otros?

—Trabajan en el sótano.

Descendieron por una escalera que enlazaba con un largo pasillo, al final del cual se habría una enorme puerta metálica, a la que Marión llamó para que le fuese franqueada desde dentro. Un hombre rubio, con gafas de concha, saludó afectuoso:

—Hola. ¿Qué tal, Stebbins? Hacía años que no nos veíamos.

—Sí. Veo que me esperaban. Lo celebro.

Los demás agentes de la

C. I. A.,
se llamaban Dryden Bolt y Denis Servaje, quienes, tras una moderna máquina de proyección, le saludaron con el gesto. Pasaban por quinta vez una copia del último concierto de Melotti, sin advertir nada anormal en el sonido o en la figura.

—Creo que seguimos una pista falsa. Es una forma como otra cualquiera de perder el tiempo.

Servaje tenía una pequeña cicatriz en la sien derecha producida, sin duda, por un culatazo.

—No te desanimes, Denis. Me han ofrecido mandar de Washington un experto en claves. Os ayudará.

Marión, volviéndose a Walter Stebbins, le hizo una seña para que saliera, conduciéndole a un despacho.

—Estamos en un callejón sin salida, inspector. ¿Qué aconseja?

—Tutéame como antes. ¿Sospechas de alguien?

—No, si he de serte sincera. ¿Te marchas ya?

—Sí.

—En el garaje hay varios coches. Saca un «Ford» y consérvalo mientras permanezcas en Los Ángeles.

El inspector aceptó.

En tanto se dirigía a la ciudad, reparó con sorpresa que un rostro de mujer no se apartaba de su cerebro. El de Sarah, la esposa de Jack Constable.

Intentó en vano alejarla de su imaginación.

Irritado a su pesar pensó en su soltería, treinta y nueve años sin conocer un verdadero cariño, y evocó, como un presagio funesto, las palabras que el director de la Academia de Quántico pronunciaba al final de cada curso: «Para un federal es más peligrosa la sonrisa de una mujer que una ráfaga de ametralladora. Muchos murieron por no recordar a tiempo tal consejo».

CAPÍTULO IV

TRANSCURRIERON varios días sin que el menor incidente turbase la paz de Los Ángeles El inspector del F. B. I.

visitó los lugares más típicos de la ciudad, entre ellos el gran Viaducto del Tranvía y el barrio chino, de características semejantes al de San Francisco, aun cuando con menor densidad de población.

Deliberadamente se apartaba de las zonas habitadas, recorriendo los balnearios de Culver City y Redondo Beach. Algunos atardeceres caminaba por San Pedro, el puerto de Los Ángeles. Buscaba que alguien volviera a atentar contra su vida para capturándole obligarle a decir lo que supiese, consiguiendo así una pista.

No ignoraba Walter Stebbins los riesgos de su plan, pero estaba acostumbrado a ver su existencia en peligro y a salir indemne.

Aquella tarde, como tantas otras, paseaba por la costa cuando a pocas yardas frenó un automóvil. Con su rapidez característica, el inspector se volvió con temor y alegría. ¡Tal vez fuese llegado el momento de jugarlo todo a una carta!

No pudo evitar una exclamación de gozo al reconocer a la esposa de Jack Constable.

—¡Usted!

—¿Le desagrada encontrarme? —preguntó ella con coquetería.

—Al contrario. Nunca me sentí tan feliz.

Las palabras del inspector hicieron sonreír a la mujer.

—Muy apasionado, Walter.

Rieron los dos. Stebbins había dejado su «Ford» en el garaje del hotel en el que habitaba y montó en el «Chevrolet» que, conducido por las expertas manos femeninas, se encaminó a la ciudad, bordeando el balneario de Santa Mónica.

Durante el recorrido, Walter hizo gala de su ingenio. Narró sabrosas anécdotas que fueron coreadas por Sarah con risas.

Invitó:

—Podíamos bailar un rato antes de separarnos. No creo que su marido se enfade.

—Jack tiene bastante con sus películas. No se ocupa de otra cosa. Hay semanas en las que ni le veo, ocupado en «rodar» exteriores o en aprovechar las luces del amanecer para un mejor efecto fotográfico. Pararé en la Avenida Valley. Hay un *cabaret* aceptable.

El automóvil, enfilando por la Avenida Colorado, llegó a un lujoso establecimiento al que la decoración semitropical confería un singular encanto.

La mujer eligió una mesa aislada de las demás por una serie de plantas gigantes, y mirándose a los ojos, bebieron dos combinados.

—Tenía sed —comentó Sarah—. En realidad tengo sed de muchas cosas...

La insinuación era clara, tanto que Walter no se atrevió a manifestar su pensamiento. Ella, inclinando la cabeza continuó:

—Desde que me casé no supe lo que era la felicidad. Jack es de celuloide —rió en tono bajo—. Dicen que es un genio en la cinematografía. Me aburro.

—Comprendo. Mi mayor satisfacción será convertirme en compañero suyo, aunque mi amistad ofrece inconvenientes y peligros.

Cogió una mano de Sarah.

—¡Adoro el riesgo! Nos tuteamos, Walter. Bailamos.

El inspector del

F. B. I.

Olvidando todo lo que no fuera el perfume penetrante de la mujer y el contacto de su piel suave, enlazó a su compañera por la cintura.

Charlaron de muchas cosas, de sus anhelos, de sus desilusiones. Al separarse, muy entrada la noche, él preguntó:

—¿Podré verte mañana?

—Sí. Te espero a las cuatro. Haremos una excursión por la Isla de Santa Catalina. Es un lugar delicioso. Adiós.

—Hasta siempre, Sarah.

Stebbins quedó solo. Anduvo despacio entre los edificios de los

«estudios», en muchos de los cuales se veía luz. Sin duda se «rodaban» escenas de próximas películas.

Se paró frente a una antena de más de diez yardas de altura. «Televisión», pensó. No se equivocaba. Grandes aparatos emitían desde la ciudad del cine diversos programas a las torres transmisoras de Monte Wilson.

Caminó, evocando la gentil figura de Sarah. Pensó que el destino es cruel para los humanos. Aquella mujer le era inalcanzable.

No reparó en un camión que se le aproximaba hasta que no lo tuvo encima.

Saltó hacia atrás, en postura inverosímil, al tiempo que sonaban varios disparos, tan unidos que parecieron uno solo.

Milagrosamente ileso, se protegió detrás de una encina y sacando su automática hizo fuego dos veces. El conductor se dobló sobre el volante y el vehículo se estrelló en un grupo de árboles. Esperó, no deseando arriesgarse. Al fin, de entre los hierros retorcidos salieron dos hombres. Uno de ellos, cojeaba.

Creyeron haber alcanzado a Stebbins, se dispusieron a sacar a su compañero. El motor comenzó a arder iluminando fantásticamente el paisaje.

—Dejémosle, Fred. Ya tiene lo suyo —dijo uno—. Vamos a buscar a ese tipo.

—No es necesario aquí me tenéis.

Walter apareció ante ellos apuntándoles con su revólver. El llamado Fred intentó asir su pistola, pero un balazo en el corazón le derribó sin vida.

—Tenía ganas de suicidarse —comentó con frialdad el inspector del

F. B. I.

—. Supongo que a ti no te sucederá lo mismo. Vuélvete.

El amenazado obedeció, y Stebbins, desarmándole, le apoyó el cañón del revólver en la espalda.

—Camina en línea recta. Estamos demasiado cerca de la ciudad y pueden ver el fuego. Voy a hacerte unas preguntas. Si eres comprensivo, prometo dejarte con vida.

Anduvieron en silencio. Desviándose de la carretera, se internaron en una zona de abundante vegetación.

—Túmbate.

El gángster miró con terror el orificio de la pistola. Se consideró perdido. En tal postura le era imposible la huida.

Walter, en pie, dijo:

—A la tercera mentira dispararé. ¿Quién os manda?

—No lo sé.

La voz de Stebbins sonó metálica, carente de inflexiones:

—Una. Se ha reducido tu posibilidad de salvación. Creo que no me oíste bien. Necesito saber la identidad de vuestro jefe.

—Es Ralph Hogan.

La respuesta sobresaltó a Walter. Si eran ciertas las palabras del miserable, John Medway, su compañero en el

F. B. I.,

al que dejó en Nueva York en busca del asesino de Ernest Sprigg y Lucius Moley se hallaba también en Los Ángeles.

—Dime lo que sepas de él.

—Me paga y nada más.

—Dos —contó Stebbins—. La próxima vez te mataré.

El hombre, de espaldas en la hierba, sacó el pañuelo para limpiarse el sudor que le corría por la frente. Gimió:

—Si los vendo, me «liquidarán» ellos.

—Tal vez, pero mañana. En cambio yo acabaré contigo ahora. ¿De dónde venís?

—De Nueva York. El jefe no da explicaciones. Lo único que puedo decirle es que le visita con frecuencia un hombre alto que habla inglés con acento alemán. Hoy estuvo en la taberna del barrio chino y, una hora más tarde, el boss nos dio la orden de liquidarle a usted. ¡Le juro que no sé más!

Walter no contestó. Aun seguro de que su prisionero decía la verdad, le interesaba evidenciar una sensación de duda.

—¿Dónde está vuestro cuartel general?

—En un callejón sin nombre situado frente a un teatro chino. No conozco Los Ángeles.

—¿Tienes dinero?

—Sí. Llevo cien dólares.

—Entonces, levántate y vete lejos, donde no te alcance la ley del gang ni mi justicia. ¡Largo!

El forajido se incorporó, no dando crédito a lo que oía.

—¿Me dejas marchar? ¿No me cazarás por la espalda?

Le resultaba inconcebible que no le asesinara allí mismo.

—Eso lo hacen los cobardes como tú. Te doy un minuto.

El gángster no se hizo repetir la orden.

Una vez solo, el inspector experimentó un leve sobresalto. ¿Por qué no le preguntó el nombre del que conducía el camión?

La idea de que fuese John Medway, su entrañable compañero, le hizo maldecir, y modificando en parte sus planes, regresó al vehículo siniestrado.

La presencia de dos policías de carretera le hizo retroceder y alejarse del lugar. No deseaba que se mezclase su nombre en el suceso.

Regresó al edificio de la «Sociedad Fílmica Internacional», donde, como huéspedes de honor, se alojaban Giovanni Melotti y el doctor Stefan Dobrita.

No le fue difícil saltar la verja de hierro del jardín y alcanzar el chalet que habitaba el director de orquesta.

Le extrañó la falta de vigilancia. Apenas había formulado tal pensamiento, unos pasos le obligaron a esconderse tras unos altos matorros. Un guarda, armado de un moderno rifle, cruzó a pocos metros de distancia, alejándose. Stebbins, convencido de que no le amenazaba ningún peligro inmediato, rodeó la casa, comprobando con disgusto que todas las ventanas se hallaban protegidas por persianas metálicas.

Miró en torno suyo. Desde el tejado podría penetrar en la vivienda a través de la claraboya, típica en tal clase de edificios.

Ascendió por un árbol, cuyas ramas parecían acariciar la fachada, y minuto más tarde, no sin grave riesgo de estrellarse, se hallaba en el sitio deseado.

Como supuso, no fue grave obstáculo la amplia, cristalera que daba a un cuarto en el que había muebles fuera de uso.

Mediante su inseparable ganzúa, franqueó una puerta, saliendo a un corredor.

Anduvo con las máximas precauciones.

En el primero y único piso de la vivienda escuchó, deteniéndose en el amplio *hall*. Miró su cronómetro a la luz de su diminuta linterna eléctrica. Eran las cuatro y media de la madrugada.

Convencido de que los moradores de la casa dormían, atravesó la biblioteca. No sin sobresalto divisó un tenue rayo de luz que se

filtraba por los intersticios de una puerta mal cerrada.

Cubrió su rostro con un pañuelo, oyendo la inconfundible voz de Giovanni, de marcado acento italiano.

—Insisto, Stefan, en que cada vez me gusta menos el asunto. ¡Maldita sea la hora en que fue a Roma!

—Cálmate —respondió el austríaco— y ve a dormir. Los dos necesitamos un largo descanso.

Stebbins, dispuesto a comprobar la veracidad de sus sospechas, miró. Lo que vio le llenó de asombro. Despacio, para no ser sorprendido, retrocedió a la buhardilla, desde la que, por el árbol, salió al jardín.

Necesitaba trasladarse urgentemente a Los Ángeles.

Se dispuso a recorrer a pie la distancia que le separaba de Spanishtown, cuando un turismo le iluminó con sus brillantes focos. Su asombro no tuvo límites al reconocer en el conductor a John Medway. Le abrazó.

—¡Gracias a Dios! —dijo—. Temí haberte matado anoche. Vamos a toda velocidad a la oficina de telégrafos. Por el camino te informaré. Al fin tenemos una pista, aunque hemos de esperar. Conviene no descubrir nuestro juego.

De madrugada, los cables transmitían a Nueva York un mensaje lacónico dirigido al inspector Richard Kohorn, de la Metropolitana:

«Persónese, primer avión, hotel Inglés, Avenida Whittier. Muy importante asumo responsabilidad. Stebbins».

—Ahora vamos a dormir. Estoy rendido.

—No puedo acompañarte, Walter. He de volver a Los Ángeles. Mañana por la noche volarán los estudios de televisión
M. F. C.

Ocúpate de impedirlo.

CAPÍTULO V

RICHARD Kohorn, provisto de una cartera de mano, entregó su tarjeta al mayordomo.

—El señor se está levantando. Siéntese. Quizá tarde en recibirle.

—No se preocupe. Pasearé por el jardín.

El de la Metropolitana se entretuvo en contemplar los macizos de flores, repitiéndose íntimamente que Stebbins tenía que haberse equivocado.

—¡Querido amigo! No le imaginaba en Los Ángeles.

El doctor Dobrita, con semblante risueño, tendió su mano a Richard.

—Vine a la ciudad a resolver unos asuntos oficiales y no quise marcharme sin hacerles una visita.

Giovanni se alegrará de verle. Pase. Tomaremos juntos una copa. Acostumbra a levantarse tarde.

—Comprendo. ¿Qué tal su herida?

—Cicatrizándose. Le molesta un poco el brazo.

El médico y Richard penetraron en la espaciosa biblioteca, acomodándose en confortables sillones. No tardó en reunírseles Melotti. Kohorn, que había dejado junto a él la cartera que portaba, disimuladamente introdujo la mano en ella, oprimiendo en ella una pequeña palanca. Luego, incorporándose, habló:

—El comisario Drukker me ha enviado a interesarme por tu salud. Ya me ha dicho Stefan, que aunque mejorado, sientes molestias.

—Así es Richard. Temo que no voy a poder dirigir en muchos meses.

—¡Mientes! —La afirmación del inspector hizo palidecer a Giovanni.

Dobrita, levantándose, adoptó una actitud amenazadora.

—No le entiendo. Creí que los insultos estaban penados por la ley y que ésta respetaba a los ciudadanos. ¡Márchese!

—No se enoje, doctor. A usted también le cabe su parte de responsabilidad. ¿Por qué no me muestra la cicatriz del balazo?

—No tiene autoridad para exigirnos eso —opuso Melotti.

—Sí que la tengo. Les acuso de espionaje y del asesinato de dos gángster en un drive-in cinema. Lo único que puede salvarles es una sincera confesión.

Giovanni llevaba puesto un batín de seda granate. El inspector de la Metropolitana, en un brusco movimiento, se lo abrió, dejando al descubierto el enfermizo torso del músico cubierto por una fina camiseta de verano. En ninguno de los dos hombros ni en el pecho había cicatriz alguna.

—Esto es un atropello —protestó Dobrita.

—No lo crea. Si acaso, una prueba de culpabilidad. Siento el escándalo. Tiene que acompañarme a Jefatura. ¿Por qué simularon el atentado? Una confesión sincera puede salvarles. Les aseguro que ignoro pocas cosas.

El director de orquesta y su médico se miraron. El primero, decidiéndose, habló:

—Afán de popularidad. Queríamos que...

—No sigas, Giovanni —le interrumpió Richard—. Soy amigo tuyo y pretendo ayudarte. Me consta que Stefan tiene relaciones con uno de los más peligrosos gángster de los Estados Unidos y que le ordenó dar muerte a Stebbins. Analizamos el proyectil que me entregó usted, Dobrita, comprobando que fue disparado contra un colchón o una saca de lana. Por eso le interrogó Walter. Casi nos convenció su respuesta de que Melotti no prescindía jamás de una camiseta de género. Si no confiesan, les acusaré de asesinato. No creo que obtengan la libertad bajo fianza.

—Tú no puedes hacer eso, Kohorn. Ayer firmé un contrato con unos Estudios para supervisar el fondo musical de varias películas. No quería venir a América, pero me obligaron.

—¿Quién? ¿Henry?

El sobresalto y desconcierto de los inculpados aumentó. Giovanni, inclinando la cabeza, respondió con un susurro de voz:

—Sí.

Hubo una larga pausa. Richard se paseaba por la habitación sin perder de vista a Melotti y Dobrita. El inspector del F. B. I.,

le previno contra una posible traición. Giovanni empezó su relato, salpicándole de frecuentes pausas. Finalmente dijo:

—Nadie mejor que tú conoce mi vida. Harto de luchar en vano, me trasladé a Italia. El fracaso más absoluto premiaba mis intentos artísticos. Nadie quería escucharme... Una noche se me acercó un individuo proponiéndome que me pusiera a sus órdenes. Me habló de la ingratitud de mi patria, asegurándome que mi trabajo carecería de riesgos. Dijo llamarse Henry. Acepté y una semana más tarde celebraba el primero de los conciertos. Él me convirtió en el hombre al que el mundo admira... Tomé a mi servicio a Stefan Dobrita para que me vigilase una afección pulmonar. Te aseguro, Richard, que no cometí ningún hecho delictivo. A veces, Henry me pedía las partituras, sobre todo antes de mis desplazamientos de país a país. Jamás observé en ellas ninguna anormalidad. Llegué a creerle un melómano o un desequilibrado. Por entonces entró a mi servicio el que hoy es mi secretario particular, Pedro Thiers, que se quedó en Nueva York, cumpliendo una tarea ingrata: anular compromisos adquiridos en mi truncada *tournee* por Europa.

El músico se incorporó, preparándose un combinado. El silencio era tan denso que se escuchaba nítidamente caer el líquido en el vaso. Kohorn observó que las manos de Giovanni temblaban.

—Transcurrieron los años. Mi confianza en Stefan llegó a ser tan absoluta que le narré la extraña historia. Se encogió de hombros, aconsejándome que no me preocupara. Aquella misma noche alguien me despertó en mi cuarto. Por la voz reconocí a Henry. Me ordenó que me trasladase a Norteamérica y simulase un atentado para poder quedarme en los Estados Unidos, aceptando compromisos con empresas cinematográficas de Los Ángeles. Dijo que varios de sus hombres promoverían en mi primer concierto un alboroto. Me negué y entonces escuché unas palabras que me aterrorizaron y que no he conseguido olvidar: «Si no lo haces, te asesinaré». Por la mañana Dobrita me contó, antes de que yo le dijera nada, que había recibido la visita de un hombre, el cual, con amenazas de muerte, le dio instrucciones y una bala. Todo sucedió conforme estaba previsto. Stefan preparó una ampolla de sangre,

que reventé debajo de la pechera del frac. ¿Qué fin perseguía? ¿Por qué me acusaron públicamente sus hombres? Son incógnitas que, por mucho que he pensado en ellas, no he conseguido aclarar. Quizá tú, acostumbrado a resolver complicados problemas, puedas hacerlo. Te lo agradecería.

—Tal vez, Melotti. Estimo tu sinceridad. Usted, Dobrita, ¿tiene algo que decirme?

—Sí. Desde que vinimos a Nueva York me han obligado a transmitir órdenes a un tal Ralph Hogan, jefe de una pandilla de indeseables. La última, que mataran a ese sujeto al que se refirió antes, el mismo que vino a interesarse por la salud de Giovanni. No sé más.

—¿Qué aspecto tiene Henry?

—Es difícil de definir —intervino Melotti—. Le he visto pocas veces. Lleva una pelambreira a lo bohemio y oculta sus ojos bajo unas gafas de sol. No es muy robusto. Su voz es dulce, carente de rudeza. Sin embargo, impresiona. Se advierte que es hombre acostumbrado a mandar y a ser obedecido. Ignoro lo que hay detrás de esto. Ayúdame a salir del atolladero, Richard. Debes hacerlo.

El inspector meditó unos segundos.

—Cálmate, Giovanni. Procuraré resolverlo sin que corras peligro. Has de informarme de cuantas visitas y llamadas recibas. Lo mismo le digo, doctor. Celebro que hayan sido sinceros. Me hospedo en la avenida Whittier, en el «hotel Inglés». Necesito tu colaboración, Melotti. Sin embargo, militas en un servicio de espionaje. Ahora soy yo quien precisa un trago. No estaba seguro de que tu herida fuese una farsa. ¿Por qué no confiaste en mí desde un principio?

—Me dio miedo. Intuí una gran responsabilidad. Ahora estoy más tranquilo. Tú me salvarás.

—No lo dudes. Te dejo. He de proseguir mis investigaciones. No abandones Los Ángeles. ¡Adiós!

Cogiendo la cartera, estrechó la mano que los dos hombres le tendían y abandonó el hotel. Un taxi le condujo a las afueras de la población. Se apeó en la avenida que conduce a Beverly Hills. Un «Ford», parado en la cuneta, atrajo su atención. En él le esperaba Walter Stebbins.

—¿Me equivocaba? —inquirió burlón el del

F. B. I.,
mientras ponía en marcha el vehículo.

—No. ¿Cómo lo adivinaste?

—La descripción del hombre que se entrevistaba con Hogan respondía fielmente a Dobrita. Asalté el hotel y contemplé a Giovanni y al médico charlando. El músico estaba en mangas de camisa y accionaba con los dos brazos. Sin duda discutían. Huí para no ser descubierto.

—¿Por qué no me lo dijiste? Me hubieses evitado un mal rato.

—Quise que confiaras en mí. ¿Tuviste dificultades?

—En absoluto. Es muy ingeniosa la cartera. La cinta grabó nuestra conversación. Una prueba peligrosa. ¿Dónde vamos?

—Yo, a seguir trabajando. Nos veremos en el hotel a la hora de la cena. Iré contigo a los estudios para proteger la vida de John. ¿Dónde te dejo?

—Aquí mismo. Suerte, Walter.

—Lo mismo te deseo, Richard.

A la entrada de Beverly Hills, el inspector de la Metropolitana se apeó. Stebbins, a toda velocidad, se dirigió al cuartel general de sus colaboradores del Servicio Secreto, en la fértil «Llanura de Los Ángeles».

Rodeado de Marión, de Dryden Bolt y Denis Servaje escucharon las sorprendentes palabras de Melotti y Dobrita, impresionando un disco para remitirlo a Washington.

—Al fin tenemos una orientación —habló Walter—. Hay una serie de hechos incomprensibles que se irán aclarando. No cabe duda de que el misterioso Henry ha pasado importantes mensajes y tal vez planes entre las partituras. Cometieron un error simulando el atentado de Giovanni.

—No te supuso tan sagaz, Stebbins. Eso es todo —reconoció la muchacha—. Yo no hubiera hecho examinar la bala. ¡Estaba tan claro! ¡Ah! Mandé ese anónimo. Mañana será un día terrible para Los Ángeles.

Richard Kohorn pidió «sándwiches» y zumo de fruta, qué le fueron servidos en su dormitorio del hotel. Luego, deseando hallarse descansado para la peligrosa aventura de la noche, se tumbó en la cama. Pese a que le molestaba la intromisión del

F. B. I.,

tuvo que reconocer que la actuación de Walter fue maravillosa.

Había caído la noche. Miró su reloj de pulsera. Eran las nueve. Encendió un cigarrillo para no quedarse dormido y en ese momento sonó el timbre del teléfono. Extendió el brazo, descolgando el auricular:

—¿Quién es?

Oyó la voz excitada de Stefan Dobrita.

—Venga enseguida. Henry ha telefoneado. Hay importantes noticias.

—Espéreme. No tardo.

Se puso la americana, no sin antes ajustarse la funda axilar con el revólver, y salió del hotel. Tomó un taxi que había parado en la puerta. Advirtió, tarde, la trampa. Una pistola se clavó en sus riñones. Dos individuos le desarmaron.

—¡Qué suerte que volvamos a vernos, inspector! La última vez me encerró para cinco años. Le tenía ganas.

Richard se tranquilizó. Acababa de reconocer en uno de sus raptos a John Medway, el bravo agente del

F. B. I.

—Volveré a ponerte en la sombra por más tiempo. Atentando a la autoridad.

—Conserva su buen humor. Lo celebro. No me gustan las víctimas gimoteantes. ¡Le meteré una ráfaga con el «ukelele»!

Respiraban odio las palabras de Medway.

El automóvil se dirigió, a través de arboladas avenidas, al centro de la ciudad para, entrar en el barrio chino, donde el vehículo se detuvo.

—Baja. Si haces el menor movimiento, te acribillo.

Obedeció el inspector de la Metropolitana, penetrando en una casa de sórdido aspecto, enclavada en un sucio callejón sin salida. Ralph Hogan salió a recibirle.

—Grata visita —comentó sarcástico.

—No tanto como te imaginas. Llevo siempre un as escondido en la manga.

—Atadle, encerrándole en la cueva. Hemos de reunirnos con los otros. Tú, John, ven aquí. Quiero hablar contigo.

Amarrado de pies y manos condujeron al inspector al sótano del

edificio, a una habitación húmeda con un ventanillo enrejado sobre la puerta. Se preguntó qué instrucciones le daría el «boss» a Medway. Confiaba en el joven para salvarse.

John escuchaba atentamente a su jefe.

—Si es preciso abrirás paso con la ametralladora. Tira a matar. Nos pagan cinco mil dólares por el trabajo.

—De acuerdo. Tengo ganas de darle gusto al dedo.

—Actuaremos en combinación con el gang de Luigi, que ha venido desde Nueva York. Nos esperan en las afueras de Los Ángeles.

Montaron en un «Jaguar» y se dirigieron al lugar previsto.

No hablaron durante el trayecto. Ralp Hogan, escondiendo el vehículo entre los árboles, a unas diez yardas de la carretera, sacó una botella de *whisky*. Ofreció:

—Remojaos el gaznate. Ésos tardarán todavía.

Así fue. Una hora después se les reunieron tres individuos en un sedán «Fleetline», de forma torpedo. Luigi se disculpó:

—No encontrábamos un coche a nuestro gusto. Por fin, robamos éste.

Se pusieron en marcha hasta la ciudad del cine, deteniéndose a cien yardas de su objetivo. John escribió disimuladamente en un billete:

«Kohorn prisionero. Van a matarle. Cuartel general».

No encontraron dificultades para traspasar la tapia que circundaba el edificio. Hogan y Luigi llevaban en sus manos bombas de relojería.

—Ocupaos uno del vigilante.

—Iré yo —se ofreció John—. Que nadie se mueva.

Depositó la «Thompson» en la hierba, desapareciendo de la vista de sus compañeros. Quería evitar una víctima inocente y, al propio tiempo, sin comprometerse, salvar la vida del inspector de la Metropolitana.

Conocedor de la posición de los defensores de la ley, se dirigió en línea recta a unos altos setos.

—Walter... Walter...

Un bulto se descolgó de uno de los árboles, cayendo ente él. John retrocedió un paso, sobresaltado, y al reconocer al inspector le

entregó el mensaje, diciéndole:

—Ve por él ahora mismo. ¿Y el vigilante?

—Con nosotros.

—Que no se deje ver y que mañana declare haber recibido un culatazo. Vengo a silenciarlo.

Retrocedió, regresando al grupo de gangsters.

—¿Qué hay? —le interrogó Hogan.

—El camino libre. Ha bastado un golpe. Hay algo que no me gusta. Demasiado silencio.

Sin dificultades, colocaron los explosivos en las puertas metálicas de los estudios de televisión para programas diurnos y se dispusieron a abandonar el campo. Una voz sonó en la noche, como un trallazo:

—No os mováis. Estáis rodeados.

La respuesta la dio John Medway lanzando una ráfaga de ametralladora sobre los agentes de la autoridad, quienes, de bruces en el suelo, sintieron aullar los proyectiles sobre sus cabezas, respondiendo con fuego graneado. Las balas se clavaron en la carne de dos gangsters, matando a uno e hiriendo a otro en el brazo. La orden suicida de Medway era la de que tirasen a matar y por ello fue el primero en protegerse detrás de una gruesa encina. El movimiento le salvó la vida. Sintió el repiqueteo del plomo al clavarse en la madera.

Siempre apuntando alto, agotó el cargador. Ralp y los suyos se retiraban a los coches, y los imitó, mientras dos agentes de policía, con grave riesgo, arrojaban los explosivos del sabotaje a una gran explanada, separándose con rapidez.

Desde el «Jaguar» sintieron dos fuertes explosiones. Hogan, satisfecho, se volvió a Medway.

—Te has portado bien, muchacho. Nos esperaban. ¿Quién nos habrá traicionado?

—Sin duda, Frankel —terció uno de los que les acompañaban—. Ha desaparecido sin dejar rastro.

John recordó el relato de Stebbins relativo al hombre que intentó matarle y su huida de Los Ángeles para no ser asesinado por su propio gang. Bendijo la coincidencia que desviaba de él las sospechas.

Poco después, una sombra se deslizaba furtiva por el maloliente

callejón del barrio de la ciudad. Seguro de que nadie le vigilaba, con una ganzúa, franqueó la gruesa puerta de madera y, pistola en mano, se dispuso a actuar.

No le sobraba tiempo para registrar las habitaciones. Hogan y su cuadrilla regresarían de un momento a otro. Enfundando el arma, dio una fuerte palmada y se ocultó detrás de la puerta que comunicaba el *hall* con el interior de la casa. Oyó unos pasos y una sarta de maldiciones. Un individuo se recortó en el umbral, girando la mirada en torno suyo. Al descubrir a Walter Stebbins, quiso empuñar el revólver, pero un formidable «uppercut» le derribó al suelo.

El inspector del
F. B. I.,

clavó sus dedos en la garganta del indeseable y apretó salvajemente.

—Dime dónde le tenéis encerrado. ¡Pronto!

El gángster vio un brillo demoníaco en los ojos de su enemigo y presintió la muerte.

—¡Suéltame!

—¡Habla!

—En el sótano. En la americana tengo la llave.

El forajido, ante la muerte, era cobarde, como todos los de su ralea, sólo valerosos merced a la ventaja de las armas de fuego. Stebbins, con desprecio, le golpeó en la sien, privándole del conocimiento.

Con paso rápido descendió al lugar indicado e introdujo la llave en la cerradura de la puerta, que se abrió con un chirriar de goznes. Richard Kohorn yacía en el suelo, atado de pies y manos.

—¡Walter! —exclamó con asombro.

—El mismo. Hemos de huir antes de que regresen.

En unos segundos cortó las ligaduras. El inspector de la Metropolitana, en pie, dijo, desentumeciéndose los miembros:

—Cuando quieras.

Con rapidez, llegaron junto al desvanecido vigilante. Richard se apoderó de su revólver en el preciso momento que, en la calle, chirriaban los frenos de dos automóviles. La mandíbula de Stebbins, se adelantó más acentuándose en su rostro el gesto de agresividad. Sintió tentaciones de hacer frente, a tiro limpio, a sus enemigos, pero comprendió que era absurdo y suicida intentarlo.

—¡Vamos! Debe haber alguna puerta trasera.

Corrieron hasta la cocina, saltaron por la ventana, a un patio. Oyeron a su espalda los gritos de los gangsters, que habían descubierto, sin duda, la fuga de Kohorn.

Traspusieron una tapia, en un alarde de agilidad y fortaleza. Una detonación saludó su fuga. ¡Habían sido descubiertos!

Miraron en torno suyo. La casa contigua era de idénticas características. Walter disparó dos veces y rompiendo a culatazos los vidrios de una ventana, penetraron en una habitación. Una mujer, en ropa de dormir, les miró espantada. El inspector del F. B. I.,

la tranquilizó, mostrándole la placa:

—Policía. ¿Tiene teléfono?

—Sí, pase.

—Cubre este lado. Voy a pedir refuerzos. Vigilaré la puerta de la calle.

—De acuerdo. No tardes.

La centinela fue tranquila. Ningún hombre osó atacarle.

El barrio chino se conmocionó con las sirenas de los coches de la Patrulla Móvil. Poco después, cómodamente instalado en uno de ellos, el de la Metropolitana agradeció a Stebbins.

—Te debo la vida. Quizá pueda devolverte algún día el favor.

—A mí no, a John. Él me informó de tu captura. Nos extrañó no verte aparecer a la hora prevista. ¿Dónde vamos?

—A Los Ángeles. Quiero tener una conversación con Stefan Dobrita. Acompáñame. Creo que me ha tendido una trampa.

Poco más tarde, el estupor de los dos hombres no tuvo límites. Rodeando el chalet en que habitaba Giovanni Melotti, había un cordón de agentes. Se acercó a un cabo, identificándose.

—¿Qué ha sucedido?

—Han matado a un médico. Dentro, investiga el capitán.

—Gracias.

En el despacho, respirando fatigoso, con los ojos desencajados por el espanto, el famoso director de orquesta se incorporó al reconocerles.

—Ha sido Henry —balbuceó—. Le clavé un puñal. ¿Por qué no viniste antes, Richard?

—Tranquilízate, Giovanni, y cuéntame lo que sepas.

—Nos telefoneó Henry advirtiéndonos que le esperásemos.

Llegó apenas transcurridos unos minutos.

—¿Le viste la cara? —le interrumpió Kohorn.

—No. Tenía encendido el portátil de la mesilla y la habitación estaba envuelta en sombras. Apareció de pronto, surgido de no sé dónde. Yo le miré espantado y le oí reírse al tiempo que exclamaba: «No perdono a los traidores». Acuchilló a Stefan que, paralizado por el terror, no intentó defenderse. El asesino, volviéndose a mí, me amenazó. «Te dejo con vida porque te necesito». Saltó al jardín. ¿De qué servís los policías? Tengo la casa llena de ellos haciendo estúpidas preguntas. Ninguno apareció en el instante en que les necesitábamos.

—No seas injusto, Melotti. Me faltó poco para terminar mi carrera trágicamente. Hablaré con el comisario Jefe de Los Ángeles para que vigile el edificio. Has de seguir ayudándonos. Eres el único contacto con Henry. ¿Y tu secretario?

—Viene dentro de unos días. ¡No quiero morir!

Las facciones de Giovanni se tornaron más pálidas. ¡Estaba aterrorizado!

Le dejaron en manos del médico forense, que había acudido a levantar el cadáver de Dobrita. Stebbins no había pronunciado ni una sola palabra a lo largo de la entrevista y Richard le preguntó:

—¿Qué opinas?

—Aún nada. Es muy tarde y deseo dormir. Di al chófer que pise a fondo el acelerador.

Kohorn dedujo que su compañero quería estar solo para madurar alguna idea y se sonrió. El también guardaba una carta de triunfo en la bocamanga...

CAPÍTULO VI

EN los grandes estudios de televisión de la M. F. C., el popularísimo actor Hopalong Cassidy, rodeado de «cow-boys», en un escenario típico del Oeste en 1890, acodado en el mostrador del «saloon», consumía un doble de *whisky* ajeno al peligro que se cernía a su espalda. Tres cámaras tomaban escena. Millones de chiquillos seguían ansiosamente desde sus casas las incidencias del héroe.

Varios vaqueros entraron en ese momento. Hopalong les vio por el gran espejo situado sobre el mostrador y, sabiéndose encañonado, se arrojó al suelo, protegiéndose detrás de una mesa, mientras tronaban los revólveres.

En un momento, aquello se convirtió en un infierno. Los «cow-boys» disparaban desde todos los ángulos. Tan real era la escena que el director no pudo contener un gesto de satisfacción. Gemidos, gritos, humo de pólvora. Y, al fin, Hopalong Cassidy triunfante.

Las cámaras cesaron de rodar. Los presuntos cadáveres se levantaron. Tres actores no pudieron hacerlo. Tenían el pecho bañado en sangre.

Algunas actrices, que esperaban turno de actuación, se desmayaron. Los hombres, atónitos, no sabían qué hacer. Fue el director, el primero en recobrar el dominio de sí.

—Continúen emitiendo desde el estudio número cuatro —ordenó por un micrófono.

Se inclinó para reconocer a los muertos. Recordaba un incidente análogo acaecido en una empresa cinematográfica.

—Llamen a la policía. Que nadie se desprenda de sus armas. ¿Las comprobaron antes de iniciar el rodaje?

—¿Para qué? Me limité a tomarlas del almacén, como siempre —respondió uno de los figurantes.

Con la llegada de la policía, se pudo saber que dos de los revólveres contenían auténticos proyectiles.

Las investigaciones no dieron resultado. Era absurdo culpar a los artistas.

Aquella noche «Hollywood Press» publicaba un extenso reportaje, en el que, entre otras cosas, se decía:

«La responsabilidad de las autoridades aumenta. A los crímenes hay que sumar el anónimo enviado al director de la “Sociedad de Documentales” amenazándole de muerte si denunciaba a las autoridades el robo de que la empresa fue objeto. Urge acabar con tales crímenes. Exigimos a la policía...»

El artículo, reproducido por todos los diarios y revistas de los Estados Unidos, inquietó a la opinión pública.

Marion Forret recibió una orden telegráfica:

«Actúen sin contemplaciones, siempre a las órdenes del F. B. I.»

A la mañana siguiente se supo que ocho aparatos de propulsión a chorro, modelo Thunderjet, habían hecho explosión en pleno vuelo y que en una base de gigantescos bombarderos B-38

un grupo de desconocidos incendiaron varios hangares.

—¿Qué averiguaste, John? —preguntó el inspector del F. B. I.,

a su compañero, en el cuarto del hotel Inglés.

—Nada. Creo que con Hogan estoy perdiendo el tiempo.

—No te desanimes. Giovanni empieza mañana a trabajar en el fondo musical de una película. Veremos qué sucede. Hay una palabra muy expresiva que aplicarnos: fracaso. Por vez primera, nuestro Departamento está siendo burlado. Nos queda una posibilidad. Apoderarnos de Ralph Hogan y hacerle «cantar»

aplicándole el «tercer grado».

—Le prepararé una trampa. Voy a reunirme con él. Son las diez de la noche.

El joven, al salir al pasillo, no reparó en un hombre que, desde la puerta de uno de los ascensores, le observaba, oculto el rostro por un periódico.

Medway llegó a la avenida Whittier y en un taxi se trasladó al nuevo cuartel general situado en un lujoso hotel de la avenida Valley. Debido al enorme tráfico de la ciudad, no prestó atención al hecho de que otro automóvil le adelantara.

Se detuvo en el número 92 y, trasponiendo la verja de hierro que rodeaba el edificio, entró en la casa. Halló a Ralph Hogan rodeado de sus hombres.

—Hola, amigos —saludó—. ¿Hay algo que hacer?

—Por ahora, nada. Ahí dentro tenemos a alguien que quiere verte. Te sorprenderá que siga con vida.

—Que salga —replicó Medway, poniéndose en guardia—. No me oculto ni a mis amigos ni a mis enemigos. ¡Frank!

—El mismo. Veo que me suponías, como todos, traidor. Sólo Hogan sabe la verdad. En vez de huir, le conté la conversación que tuve con tu compañero del

F. B. I.,

el inspector Walter Stebbins. Fue una idea del jefe. Le referí mi aventura y como sospechábamos que entre nosotros alguien nos traicionaba, decidimos dejar que lo pensarais de mí. Eres el último que ingresaste en el gang. Nadie más que tú sabía lo de la voladura a los estudios de televisión. Hace un rato te vi salir de una habitación del hotel Inglés. ¡No hagas el menor movimiento!

Acorralado, John se volvió. Tres hombres le apuntaban con sus revólveres. Hogan sacó una «Browning» y, muy despacio, recreándose en la operación, adosó un silenciador. Alzó el arma, apuntando a la cabeza de Medway, que le miró con desprecio.

—Me vengarán. Mi muerte no quedará sin castigo.

Hogan rió, acentuándose más su gesto cruel. El agente del F. B. I.,

vio cómo el dedo del gángster se curvaba en torno al gatillo. Se supo perdido.

De pronto, se apagó la luz. John, bendiciendo a la Providencia,

se arrojó al suelo, y a gatas, corrió hasta una puerta que comunicaba con las restantes habitaciones. Un fogonazo iluminó fantásticamente las sombras.

Medway hizo fuego dos veces. Las detonaciones se confundieron con gritos de agonía.

Se incorporó, desorientado. Una mano suave le asió por la muñeca, conduciéndole a la puerta trasera del hotel. A la luz de la luna reconoció en su salvadora a Gloria, la muchacha que en la taberna del Harlem le facilitó la primera entrevista con el boss.

—Huyamos —dijo ella—. No saben que estaba en casa. Entré por detrás.

Se alejaron de la muerte, trasladándose en un taxi a las inmediaciones del hotel de «Inválidos», rodeado de un amplio jardín.

—Sentémonos, Gloria. ¿Por qué me salvaste? ¡Si lo descubren te matarán!

—Lo sé. Acababa de llegar de Nueva York y vi que iban a asesinarte. Quité los plomos de la luz. Ellos ignoran que he regresado. Me esperan mañana, anocheado. Quería darle una sorpresa a Ralph. Eso es todo.

John miró fijamente a la muchacha.

—Te debo mucho para pedirte explicaciones. ¿Por qué te mandaron llamar?

—Pretenden que ingrese como «extra» en una empresa especializada en el rodaje de documentales. No sé más.

—Ya es bastante. ¿Querrías trabajar conmigo, Gloria?

La respuesta le desconcertó.

—No vendo a los míos. Mi historia no puede ser más sencilla. Soy hija de un gángster y de una cantante de *cabaret*. Murieron. Adiós. Es posible que no volvamos a vernos.

La joven se incorporó, disponiéndose a marchar. Medway, cogiéndola del brazo, se lo impidió:

—Espera. Prométeme una cosa.

—Di.

—Si te encuentras en algún apuro, acude a mí.

—Gracias. Lo tendré en cuenta.

John, milagrosamente a salvo, siguió con la mirada a la muchacha hasta perderla de vista. Luego, desde un teléfono público,

llamó al inspector. La encargada de la centralita le respondió:

—Está en el Tropical, un *cabaret* de la Avenida Colorado. Me encargó que se lo comunicara si llamaba usted. ¿Quiere el número?

—No, gracias. Iré a verle.

No se hallaba lejos del lugar indicado. Por fortuna llevaba un traje oscuro que no desentonaría en exceso entre los «*smokings*». ¿Qué habría ido a hacer allí Walter?

La respuesta la tuvo al verle bailando con una mujer de extraordinaria belleza a la que Stebbins nunca se refirió en sus conversaciones. ¿Quién era ella?

Formuló la pregunta al camarero y éste, mientras le servía un combinado, repuso:

—Es la esposa de Jack Constable, uno de los magnates del «cine».

Procuró no ser advertido por el inspector, cuya existencia, descubierta su personalidad, corría un grave peligro. Le siguió en un taxi, preguntándose qué iría a hacer en la zona residencial de Los Ángeles. «Tal vez acompañar a la mujer». No era así. Walter entró con ella en un chalet.

Despidió al automóvil. Tenía una trágica corazonada.

Mientras, en un confortable *living*, Sarah decía a Stebbins:

—Mi marido marchó ayer al desierto Raiston, en Nevada. Están rodando los exteriores de un «film» del Oeste. Vuelven a ser los preferidos del público. Tardará una semana en regresar. ¿Te apetece café?

—Prefiero coñac con hielo. Es calurosa la noche.

—Propia de California.

Sarah, ataviada con un traje que dejaba al descubierto los hombros y la espalda, sirvió a Stebbins, acomodándose junto a él en el amplio diván.

—Ponte cómodo. Quítate la americana, si quieres.

—No me estorba.

—No lo haces para que no te vea la pistola. Al bailar me he dado cuenta que la llevabas. ¿Cuál es tu verdadera profesión?

—Ya la sabes. Ayudante de...

—Haces mal en no tener confianza en mí, Walter —le interrumpió ella con voz suave—. Es necio que sigamos engañándonos. Tú me quieres.

Aquella afirmación sorprendió a Stebbins, que miró fijamente a la mujer. Se extrañó del brillo de sus ojos.

Un grito sonó en la puerta de entrada. Stebbins se incorporó con sobresalto. Jack Constable les apuntaba con una automática.

—¡Traidores! Voy a mataros a los dos.

Encañonó a Walter mientras curvaba el índice en el gatillo. No llegó a disparar. El arma saltó de su mano al tiempo que se escuchaba un disparo.

—¡John! —exclamó Stebbins, al ver a su camarada del F. B. I.

—. Llegaste con oportunidad, aunque no has debido mezclarte. Es un asunto particular.

—No lo creas. Era una encerrona. Te seguí. Este hombre os espió desde que entrasteis.

—Es cierto —corroboró Constable—. Ayer recibí un anónimo diciéndome que mi mujer me engañaba y vine a Los Ángeles dispuesto a dar muerte a los culpables. Llevo en mis venas sangre de los colonizadores de California. La dignidad es antes que la propia vida.

Medway fue a responder. Walter se lo impidió con el gesto y la palabra.

—¡Calla! Le presento mis excusas. Entre su esposa y yo no ha ocurrido nada irreparable.

Constable, encolerizó y ordenó:

—¡Largo de aquí! Le buscaré en otra ocasión. ¡Fuera!

El inspector del

F. B. I.,

obedeció, no sin sonreír a Sarah que, muy pálida, permanecía rígida.

Angustiado Stebbins por la suerte de la mujer, salieron a la calle. La noche era espléndida. Caminaron en silencio. John no se atrevía a referirse al incidente. Stebbins, parándose en la arbolada carretera, inquirió:

—Bien, ¿y qué?

Medway adivinó el final de un íntimo razonamiento. Repuso, deseando hacer daño, castrar a fuego, la herida de su compañero:

—¡Caíste en una trampa como un novato! Los periódicos de mañana habrían publicado un crimen vulgar, por celos, en el que la

víctima era un inspector del

F. B. I.

El marido demostraría hasta la saciedad la infidelidad conyugal. Por lo que oí, no es la primera vez que os exhibís juntos. Tu caso hubiese pasado a la Academia para enseñar a los futuros agentes lo que un hombre inteligente no debe hacer nunca. Dejarse enredar como un jovenzuelo en el perfume de una...

—¡John!

Él os esperaba. En su rostro no había el nerviosismo propio de un esposo ultrajado, sino la cautela de un criminal. Te aseguro que...

—¡Calla! No sigas. Sé bien lo que me corresponde hacer. Me salvaste la vida y tengo la obligación de darte las gracias. ¿Hay noticias de Washington?

—Sí. Dentro de una semana terminará el rodaje de un documental sobre fauna y flora de California. La música de fondo es de Melotti. No se hará más que una copia, que será proyectada en las principales universidades del mundo con carácter científico. Tal es el capricho de un filántropo que ha sufragado los gastos. Nuestro Departamento estudiará el negativo, pero quiere que uno de nosotros no pierda de vista la película. Además...

—¿Qué?

—Recibiremos pronto instrucciones desde detrás del telón de acero. Mi trabajo con Ralph Hogan ha fracasado.

John refirió la dramática aventura que culminó con el providencial salvamento, terminando:

—No soy una estatua y me gusta Gloria. Sin embargo...

La frase incompleta evidenciaba una férrea disciplina, un extraordinario dominio de los sentimientos. Walter, estrechándole la mano, le dijo:

—Vales más que yo. Los discípulos aventajan a veces a los maestros. Mi vocación la ha quebrantado Sarah. Estoy harto de una existencia de peligros, sin una hora feliz...

Medway le miró con inquietud. Las palabras del inspector podían significar el principio de un nuevo y peligroso encuentro con la mujer...

CAPÍTULO VII

LA sombra se deslizaba por los amplios corredores de los modernos laboratorios de la Sociedad de Documentales. Una linterna sorda guiaba los pasos del intruso, que abrió una gruesa puerta de madera, entrando en una amplia sala en uno de cuyos rincones había, a más de una moderna ampliadora fotográfica, una caja conteniendo numerosos clisés. El hombre, cerciorándose de que las cortinas de la gran ventana que daba al jardín se hallaban corridas, encendió uno de los focos portátiles y, sobre una alta banqueta giratoria, examinó cuidadosamente varios negativos.

Los movimientos del individuo eran suaves, a tono con su cuerpo menudo. Llevaba un sombrero calado hasta las orejas y el cuello de la americana subido.

De pronto se envaró. Alguien se acercaba. Desenfundó una pistola, ocultándose detrás de la puerta. Dejó encendida la luz. Entró un hombre de enfermiza contextura. Sus movimientos eran nerviosos.

—¿Qué hay, Melotti? —dijo el que aguardaba.

El aludido se volvió con visible sobresalto.

—Hola, Henry. No debiste hacerme venir. No me gustan las aventuras.

—Cierra por dentro. Ya es hora de que te vayas acostumbrando. Mi país hizo de ti el director famoso que ambicionabas ser. A lo largo de los años has ganado millones de dólares. Creo conveniente que recuerdes cómo te hallabas cuando te ayudé. Es una saludable meditación. Enfermo, sin dinero y sin esperanzas. Ha llegado el momento de que pienses en recompensarnos. Quería hablar contigo sin que nadie pudiese interrumpirnos. Estás lívido. Sabes que si nos descubren no te librarás de un proceso escandaloso, de la cárcel, y

quién sabe si de la silla eléctrica.

—¡No hice nada! —se defendió el director de orquesta.

—Sé lo que referiste al inspector de la Metropolitana. En aquellos días instalé un micrófono en el despacho. No lo busques ahora. Lo quité la misma noche que di muerte a Stefan Dobrita.

El misterioso Henry, hizo una estudiada pausa para aumentar el terror de Giovanni. Luego prosiguió, con voz carente de inflexiones.

—No quiero vengarme... todavía —acentuó la palabra con sádica intención—. Pretendo que me sirvas. Una vez que hagas lo que voy a ordenarte te dejaré en paz para siempre.

—¿De veras?

El individuo sonrió.

—Dependerá del resultado.

—Te obedeceré con esa condición. Quiero alejar de mi vida la pesadilla de tu influencia. ¡Habla!

—Espera. ¿Oyes? Viene una tercera visita.

Alguien llamaba, muy despacio, con los nudillos, repiqueteando en la madera de forma convenida.

—Abre, Melotti. No tengas miedo. ¡Abre te digo!

Giovanni, acobardado, obedeció. Su asombro no tuvo límites al ver a Jack Constable, el director y principal accionista de la Sociedad Fílmica Internacional.

—¡Usted! —dijo.

—Sí.

Con perfecto dominio de los nervios. Constable echó el pestillo, dirigiéndose a Henry. Éste le avisó:

—Quédate ahí, Jack. Es una reunión enternecedora.

—Pudimos vernos en mis estudios. Era menos arriesgado.

—Quiero que sepan ustedes lo que es el peligro. Viven demasiado cómodamente. ¿Un cigarrillo? Pese a que hay materias inflamables, creo que no explotaremos. Si fuera así..., alguna vez hemos de morir.

Henry ofreció su pitillera a los dos hombres, que rehusaron. Esperaban ver a su interlocutor a la luz del fósforo, pero Henry se volvió de espaldas para encender el cigarrillo.

Hubo una pausa en la conversación, que más parecía una tregua en el combate verbal que el individuo sostenía con Melotti y Constable. Jack dijo:

—Pongamos las cartas sobre la mesa. ¿Qué pretende?

—Que cumpla sus compromisos. Haré historia. Le telefoneé enterado de su quiebra inminente. Sus mejores artistas le habían abandonado. Le ayudé y le propuse provocar actos de terrorismo en los estudios de Televisión.

No le oculté que era un agente al servicio de una potencia extranjera. Entonces no le importó. Tan desesperado estaba que cualquier cosa le parecía buena.

—Yo...

—No me interrumpa. Usted es más peligroso que Giovanni. No olvide que le estoy encañonando y no vacilaré en matarle. No me sorprenderá, ni me verá el rostro —dio una chupada al cigarrillo colocando la mano a modo de campana para que no le iluminara la cara—. Escuche mis instrucciones. Hará saber que Stebbins asedia a su esposa, profiriendo algunas amenazas en público contra él. Debe matarle. Será un crimen por celos.

—Me meterán en la cárcel. La otra noche no hubiese dudado en hacerlo. Estábamos solos. Después habría llevado el cadáver al campo, regresando a Nevada en mi avioneta. Mi esposa guardaría el secreto. Lo que usted me pide es que labre mi ruina. Déjeme que busque mi oportunidad. Le aseguro que...

—No haga más promesas, Jack. Tiene tres días para terminar con ese hombre. Un crimen pasional despertará general admiración. El jurado sería benévolo. Le concedo libertad, siempre que me obedezca. Si no es así, aparecerá su esquila en los periódicos. Jamás amenazo en balde. ¿Verdad, Giovanni?

Constable no respondió.

—Insisto en mi plan, Jack. De acuerdo con mis instrucciones, donde le vea saque el revólver y dispare, no sin antes decir algo referente a sus relaciones amorosas con su mujer. ¿Qué responde?

—Lo haré a mi modo. No quiero perder la libertad.

—Cuide de no perder también la vida. Márchese. He de hablar a solas con Melotti. Lo suyo es más delicado.

John Medway siguió a Sarah procurando que ésta no reparase en él. Le sorprendió observar que otro individuo realizaba idéntica maniobra.

Vio que la esposa de Jack Constable tomaba un taxi, y la imitó, siempre sin perder de vista al desconocido.

«O es un novato en el oficio o un conquistador», se dijo.

En la avenida Whittier, Sarah se apeó, recorriendo a pie la distancia que la separaba del hotel Inglés, residencia del inspector Stebbins. Medway sonrió. Había dejado a Walter intentando comunicar con Washington.

Pensó que tal vez resultara conveniente interrogar al que vigilaba a Sarah. Desde luego no pertenecía a los «gangs» de Ralph Hogan y Luigi. ¿Por cuenta de quién trabajaba?

Esperó, procurando hurtar su cuerpo a la luz de las farolas eléctricas. La avenida Whittier, profusamente iluminada, dificultaba la tarea.

Habían pasado tres fechas desde que salvara la vida milagrosamente gracias a Gloria. Stebbins se comportaba normalmente, rehuyendo la presencia de la mujer. Sin duda, Sarah, cansada de intentar comunicarse con Walter por teléfono, decidió visitarle.

Regocijado, John reparó en el gesto de contrariedad de la esposa de Constable, que en un vehículo de alquiler se dirigió al centro de la ciudad no sin antes cambiar unas palabras con su seguidor, que marchó en opuesta dirección.

Medway decidió no perder de vista al sujeto hasta aclarar la incógnita de sus relaciones con Sarah, y, siempre detrás de él, penetró en una taberna de «Spanishtown», donde tomó una copa de ginebra.

El desconocido entró, al fin, en una fonda de la calle Globe. John le abordó en el *hall*.

—Perdone, señor. Quisiera hablar con usted de parte de la señora Constable. Me ha telefonado a casa hace unos minutos advirtiéndome que quizá tendrá que aguardarle.

—Suba.

Los dos hombres ascendieron por una carcomida escalera hasta una habitación amueblada modestamente.

—Siéntese y no haga ninguna jugarreta. Le estoy apuntando desde el bolsillo —amenazó el desconocido—. Sarah no ha podido darle mis señas porque las ignora. ¿Qué pretende? ¿Quién es?

—No está en condiciones de hacer preguntas. Usted no es un indeseable. No lo aparenta, al menos. Vea este carnet. Pertenezco a la Metropolitana.

Enseñó la credencial de que se proveyera horas antes y que pidió para evitar complicaciones con las autoridades y poder actuar en nombre de la Ley. Su interlocutor desistió de su actitud ofensiva.

—Perdone. Me llamo Josiah Brixhan y pertenezco a una agencia de detectives. Esa señora me paga para que, en su momento, pueda servirle de testigo con respecto a sus relaciones con un individuo. Me ha dicho que pretende dar celos a su marido, pero que desea poder justificar ante cualquier tribunal que no ha frecuentado ningún lugar al que no pueda asistir una señora casada. Me gano la vida decentemente.

—¿Y esa pistola?

—La pitillera. Tenga un cigarrillo.

Fumaron. Medway, buen psicólogo, simpatizó con Josiah.

—¿Por qué no ingresa en la Academia de Policías?

—No me admiten. De muchacho estuve un año en un correccional por robar tapones de automóviles. Cosas de chicos, pero usted sabe con qué cuidado seleccionan las solicitudes. Me repugna la maldad. Debido a mi profesión, sé cosas que me hacen sentir asco contra el género humano.

—¿Ama mucho a su patria?

—Sí. ¿Por qué lo pregunta?

—Deseaba saberlo. Nada más. ¿Qué tal se porta la señora Constable?

—Pertenece al secreto profesional. Le diré una sola palabra: correctamente. ¿Le basta?

—Sí. Supongo que ella le avisará el día y la hora en que necesita su custodia.

—Habla siempre con la agencia. ¿Se marcha?

—Sí, Buenas noches.

—Adiós.

Cuando John Medway, en un automóvil, se dirigía a las proximidades de la «Llanura de Los Ángeles», su cerebro era un hervidero de ideas encontradas.

Abonó al chófer el importe de la carrera, continuando a pie. Todas las precauciones eran pocas. Se enfrentaba a una inteligencia privilegiada para el mal.

Ya en el hotel preguntó a Marión Forrest:

—¿Y Walter?

—Salió hace un momento. ¿Hay alguna noticia?

—No. ¿Dijo Stebbins dónde iba?

—No. Parecía preocupado. ¿Te inquieta?

—Sí. Su amor por una mujer puede llevarle a la muerte.

No se equivocaba John en sus palabras. El inspector había perdido el deseo de vivir. Walter tuvo que reconocerlo así mientras, en el «Ford», se encaminaba a entrevistarse con Giovanni, el cual, a primeras horas de la tarde, le llamó al hotel concertando una reunión. Le sobraba tiempo y paró para fumar un cigarrillo.

La telefonista le indicó que Sarah había preguntado con insistencia por él. Quizá quisiese darle explicaciones acerca del incidente ocurrido noches antes. Sobraban. Medway estaba en lo cierto. Un miembro del

F. B. I.,

debe acompañar su corazón a los latidos de su patria y nunca a los de una mujer.

Puso en marcha el automóvil, alcanzando la carretera de Los Ángeles. El cumplimiento del deber le alejó de sus tristes meditaciones.

Hizo otra vez alto para comprobar si el cuchillo que ocultaba en la funda de la americana se hallaba en condiciones de ser utilizado con rapidez, y, metiendo una bala en la recámara de su automática, oprimió de nuevo el acelerador. Llegó a la «Meca del Cine» con diez minutos de antelación sobre la hora fijada.

Aparcó el coche en el lugar indicado por Giovanni. El director de orquesta se le aproximó.

—Vamos al campo —dijo con voz temblona—. Es posible que nos vigilen.

—No se asuste, Melotti. Suba. Le sugiero dos fórmulas. Dígame lo que quiera en el interior del vehículo o nos apeamos en cualquier lugar de la carretera. Lo dejo a su elección.

—Prefiero lo segundo. Estaré más tranquilo. A una milla hay un pequeño bosque. ¿Sabe dónde?

—Sí. Es un lugar inolvidable. Allí quisieron matarme. Pienso que fui muy torpe, Giovanni. No debió acceder a la farsa de su herida. Si entonces se hubiese confiado al inspector Kohorn, él le hubiese dado la solución.

—No conoce a Henry. Es un ser astuto, diabólico. ¡Cuidado!

Stebbins frenó en seco. Distraído con el diálogo no había reparado en una mujer que le hacía señas para que se detuvieran. Walter experimentó un vivo sobresalto al reconocerla. Era Sarah. Bajó el cristal de la ventanilla.

—¿Qué quieres?

—No sigas. Melotti te ha tendido una trampa.

—No haga caso. Es...

—¡Calle! ¿Cómo lo supiste?

—En casa tenemos instalados dos teléfonos. A las once, he sentido el timbre de mi cuarto. Mi marido habló desde su habitación. Le mandaron incorporarse a un grupo de hombres para liquidar a un inspector del

F. B. I.

Esperé para impedir el asesinato. Sospechaba que eras tú.

Walter, convencido de que Sarah le amaba y de que las sospechas de John Medway eran falsas, se volvió a Giovanni.

—Mejor será que hable claro antes de que le obligue a hacerlo. Sé un buen sistema. Se retuerce primero un brazo hasta que el hueso se rompe. Después se hace lo mismo con el otro. Probaré. ¡Baje!

—¡No...! ¡No...! —se defendió Melotti—. Me amenazaron. No supe negarme. Prometieron dejarme en paz...

Jadeaba. Walter le hizo apearse, cacheándole. No llevaba armas. Sarah le miraba en silencio. Le reprochó:

—¿Por qué no me revelaste tu verdadera personalidad? Llegué a pensar que eras un pistolero.

—No importa eso ahora. Quedaos aquí. No tardaré en regresar. Si es cierto lo que acaban de decirme, Giovanni, le procesaré por asesinato frustrado. Si intenta huir, lanzaré en su busca a toda la policía del país.

—¡No vayas, Walter! ¡Te matarán!

—No es tan fácil.

—No te apartes de mí. ¡Tengo miedo!

—Melotti te defenderá —ironizó el inspector—. ¡Es un valiente! Me responde de tu vida con la suya. Haré a pie el resto del recorrido.

Sin esperar respuesta se internó entre la vegetación. Le separaba media milla del sitio elegido para eliminarle. A unos cincuenta

metros se detuvo. Esperaba encontrar allí a los miembros del «gang» de Ralph Hogan. No se equivocó. Ocultos detrás de los árboles, y cara a la carretera por donde debía aparecer, varios hombres vigilaban. ¡Estaban a su merced!

Transcurrieron, lentos los minutos. Uno de los «gangsters», impacientándose, exclamó:

—¡Ese «tipo» no viene! Es demasiado listo para dejarse cazar. Creo, Hogan, que te equivocaste. No pasa ningún coche.

—¡No hables tan alto! —le reprochó el «boss»—. Oí un motor. No perdamos la calma.

Stebbins contó a los que pretendían asesinarle. Eran seis. Demasiados. Se sobresaltó. Alguien avanzaba a su espalda.

De bruces en el suelo vio una sombra que, al aproximarse, se dibujó más nítidamente. Contuvo un grito de sorpresa.

—Hola, Richard —susurró.

Se estrecharon las manos en silencio. El inspector de la Metropolitana le hizo señas para que se alejara. Walter obedeció. Trazarían un plan de ataque.

—¿Cómo supiste...?

—He hecho una derivación en el teléfono de Melotti y tengo a una agente anotando todas las conversaciones. No pude localizarte en el hotel, pese a mis repetidos intentos, y me trasladé aquí, dispuesto a dar la batalla a esos indeseables. Te vi llegar e hice ruido a propósito para que me reconocieses. Temía que, confundiéndome con un enemigo, disparases. Son seis hombres. Tres para cada uno. El mejor de ellos merece sentarse en la «silla». Vamos.

Con el máximo sigilo se situaron a unos metros de distancia de los «gangsters». Richard Kohorn gritó:

—¡Rendíos!

Hubo una leve vacilación en Ralph Hogan, quien, dejándose caer al suelo, hizo fuego contra el inspector de la Metropolitana, al tiempo que ordenaba:

—¡A ellos, muchachos!

La automática de Stebbins tronó dos veces y otros tantos indeseables cayeron para no levantarse más. Por su parte, Richard hirió a un tercero.

Una ametralladora tableteó furiosamente acribillando la

espesura. Las balas zumbaban como abejorros. Walter y Kohorn retrocedieron. Los fogonazos habían delatado su posición.

Protegidos por una gruesa conífera, sus revólveres tronaron, pero los «gangsters» convenientemente parapetados, no sufrieron ninguna baja.

—Cúbreme, Voy a sorprenderles por un flanco.

Sin esperar respuesta, el inspector del

F. B. I.,

se arrastró a la derecha, oyendo las detonaciones con las que Richard intentaba distraer a sus enemigos. Su propósito de alcanzar la carretera quedó truncado por el ruido de un motor en marcha. A unos diez metros de donde se hallaba vio cruzar un moderno «Jaguar», el mismo del que habló John Medway al referirle la fracasada voladura de los estudios de televisión.

Apuntó a los neumáticos. Debido a su precipitación en disparar, las balas no alcanzaron el blanco elegido. El de la Metropolitana se le acercó.

—Escapan. Se dejan dos muertos. Veamos quiénes son.

Ninguno de los cadáveres llevaba encima documentos.

Sólo pistolas «Tauler», varios cargadores y algunos dólares.

—Habrá que remitir sus fotografías a Washington para que les identifiquen. Supongo la respuesta. Pobres diablos que venden sus servicios al mejor postor. ¿Qué es eso?

Una formidable explosión atronó el aire al tiempo que una gigantesca llamarada se abría en el horizonte, sobre la cumbre del monte Wilson.

—Un atentado, esta vez de gravedad, a juzgar por el resplandor —explicó Stebbins—. Hay siete estaciones de televisión en la colina. Veo en el sabotaje la mano de Jack Constable. Me han remitido un informe de la marcha de sus negocios. De seguir descendiendo sus ingresos, pronto quebrará. No quiero comenzar las detenciones para no espantar a los verdaderos culpables. ¿Viniste en coche, Richard?

—Sí.

—Reunámonos entonces con Melotti y Sarah. Me avisó de la encerrona.

—No es preciso. Ahí vienen.

En efecto, el «Ford», conducido por la esposa de Constable, paró junto a ellos. La mujer, acercándose a Stebbins, sollozó:

—Temí que hubieses muerto...

—Cálmate, Sarah. Estás temblando. ¿Qué te ocurre?

—Me da miedo volver con mi marido.

—Vamos... No seas chiquilla. ¿Y Melotti?

La interrogada señaló el interior del vehículo donde Giovanni fumaba cigarrillo tras cigarrillo con evidente nerviosismo.

—Vuelve a casa, Sarah. Llevaos mi automóvil. Nosotros vamos a investigar lo sucedido.

A toda velocidad, los representantes de la ley recorrieron las pocas millas que separaban Los Ángeles de la llamada «montaña de la televisión». El espectáculo era aterrador.

A la luz de numerosos reflectores, veíanse, derribadas, las grandes antenas giratorias y de disco. Los edificios, viviendas de técnicos y especialistas, estaban destrozados. Diseminados aquí y allá, en informes montones de chatarra, motores y pantallas de proyección.

Casi inmediatamente detrás de ellos llegó el jefe de policía de Los Ángeles y varios automóviles más con agentes de uniforme. Uno de los ingenieros explicó:

—Ignoramos lo ocurrido. Los cables van protegidos en tubos de cobre, así como las guías de ondas. Descansábamos, cuando nos despertó un gran estallido. Las más costosas instalaciones yacen en el suelo convertidas en un amasijo de hierros retorcidos. Han muerto dos hombres.

Richard y Walter se apartaron del grupo. El primero comentó:

—Buena coartada la de Hogan.

—¿Qué quieres decir?

—Nada. Pensaba. Investiguemos. Por fortuna, empieza a amanecer. Mira estos cráteres. ¿Qué coges?

—Un trozo de cable. Tal vez hallemos muchos de éstos. Enlazaban eléctricamente las distintas cargas. Nos interesa interrogar a Luigi y a los miembros de su «gang». Sólo ellos pudieron hacerlo. Nada nos queda por hacer aquí.

El de la Metropolitana asintió y el automóvil enfiló hacia Los Ángeles, internándose en el pintoresco barrio chino. Se detuvieron ante un almacén de bebidas. Dos hombres se les acercaron.

—Sin novedad, inspector. No salió nadie.

—¿Seguro?

—Completamente. No hemos dejado de vigilar.

—Bien. Si tardáramos más de quince minutos en volver entren a sangre y fuego.

—A la orden.

Richard aporreó la gruesa puerta de madera, sin obtener respuesta. Repitió la llamada, golpeando con la culata de su revólver de reglamento. Al fin se oyó una voz aguardentosa.

—¿Quién es?

—Abran en nombre de la Ley.

Se descorrió un cerrojo y apareció, en pijama, un individuo de unos cuarenta años.

—¿Qué quieren? No es hora de...

—Guárdese sus palabras —Kohorn mostró la chapa—. Queremos ver a Luigi.

—No es un espectáculo muy grato el que van a presenciar. Están todos borrachos.

—¡Suba con nosotros!

El propietario del almacén, en cuya planta baja había un pequeño despacho abierto al público durante el día, les precedió por una estrecha escalera. Apenas alcanzaron un pasillo, Walter miró a Richard. Se oían risotadas.

Abrieron la puerta. Un hombre de rostro brutal abrazaba a una mujer. La soltó, incorporándose.

—¡Largo! ¡Nos estorban los mirones!

—Cálmese, Luigi. ¿No conoces a los antiguos amigos?

El aludido abrió mucho los ojos como no dando crédito a lo que veía.

—¡El inspector Kohorn! —exclamó—. ¡Tanto bueno! Siéntese y tome una copa. Es la primera vez que le veo con tranquilidad. No tiene nada de qué acusarme.

—Veremos —fue el lacónico comentario de Richard—. ¿Qué hiciste desde las diez de la noche?

—Que le contesten mis amigos. Fumar y emborracharme. Bueno..., también he besado a alguna chica, ¿verdad, preciosa? —Acarició la barbilla a una joven, de rostro prematuramente envejecido por el vicio—. ¿Ha decretado el Presidente alguna ley que impida hacerse el amor?

—¿Y tus muchachos?

El «boss» clavó en el inspector una mirada indefinible.

—Hay tres conmigo. Los únicos que me acompañaron desde Nueva York.

—Te metiste en un mal asunto. No escaparás con bien.

—Nunca le tuve miedo —contestó el «gángster»—. No puede culparme. Llevo una vida tranquila. Gané dinero... en las carreras. ¿Algo más?

—Sí —intervino Stebbins—. No abandone Los Ángeles. Tendrá que responder de un atentado a la propiedad.

Luigi palideció.

—No es cierto.

—Lo veremos en el momento oportuno. Tengo un testigo de cargo. Vámonos, Richard. Les hemos estropeado la fiesta.

Salieron, cerrando tras de sí, y sin cruzar palabra llegaron a la calle.

—¿Quién realizó lo del monte Wilton? —preguntó Richard en alta voz.

—Es posible que ocultaran las cargas una noche antes, dejando oculto el dispositivo eléctrico en la falda de la colina. Cualquiera, sin riesgos, pudo hacerlo explotar.

Una hora más tarde se separaron, deseándose mutuamente buenas noches. Kohorn, en un taxi, se trasladó a Jefatura, mientras que Stebbins, en el coche del inspector, enfilaba la avenida Whittier, dejando el vehículo estacionado en la puerta del hotel. Dentro de poco la ciudad comenzaría a poblarse de gentes apresuradas.

Deseoso de descansar, abrió la puerta de su habitación. La sorpresa no le dejó articular palabra. En el lecho, apuñalada, se desangraba Sarah, la esposa de Jack Constable. John Medway, de pie en la cabecera de la cama, encendía, calmoso, un cigarrillo.

—Hola, Walter. Alguien la mató. Yo vine hace un momento en tu busca. ¡Ella no te amaba!

—No sigas. Me salvó la vida hace unas horas.

—Te necesitaba. Escucha lo que logré descubrir. Había contratado los servicios de una agencia de detectives...

Contó su conversación con Josiah Brixhan. Stebbins no daba crédito a lo que oía.

—Puedes comprobarlo por ti mismo. Quizá en algún momento

sepamos las razones por las que Sarah obró así. Es indudable la culpabilidad de su marido.

—Debemos detenerle. Tal vez matara a su esposa.

John Medway, sonriendo, repuso:

—He ordenado a Druden Bolt y a Danie Servaje que lo capturen, llevándolo a casa de Marión. Avisa a Richard. Que se hagan cargo del cadáver. No te comportes como un chiquillo. Es mejor que haya sido ella y no tú.

Walter no respondió. Su rostro denotaba intenso sufrimiento. John, impresionado por tan profundo dolor, pretendió consolarle:

—La vengaremos. El crimen no quedará impune.

Stebbins le miró.

—¡Qué me importa, si nadie podrá devolvérmela...!

CAPÍTULO VIII

LA apatía de Walter Stebbins fue sacudida con la lectura de la carta que desde Washington le envió uno de los altos jefes del Estado Mayor. En ella se le informaba acerca de la gravedad de la empresa que habían acometido, instándole a finalizarla sin reparar en medios.

El inspector estaba ampliamente enterado de la extraordinaria actividad en su patria de la organización de espionaje que se esforzaba en eliminar y cuyo jefe, al parecer, habitaba en Los Ángeles.

Raro era el día que un aeródromo, unos astilleros o algún laboratorio no experimentaran los trágicos efectos de un sabotaje. De Norte a Sur y de Este a Oeste el país reclamaba una enérgica actuación de las autoridades.

Eran varias las incógnitas a resolver. La principal, el sistema utilizado por el jefe supremo para transmitir sus órdenes. Indudablemente utilizaba el telégrafo o el teléfono. ¿Por qué no la radio?

Recordó una de las partes de la declaración de Giovanni Melotti, y se puso en pie, en el amplio despacho de la casa de la llanura de Los Ángeles, en el momento en que entraba John Medway.

—Se niega a declarar, Walter. Tal vez convendría que le hicieses una visita. Procura que no te reconozca.

El agente, cubierto con un blanco guardapolvo de laboratorio, llevaba en su mano derecha una mascarilla de las utilizadas en las intervenciones quirúrgicas.

—Me encargaré de él. Ve en su coche con el inspector Richard Kohorn y apodérate de cuantas partituras posea Melotti. Enteraos, por medio de los Estudios de Radio y Televisión, qué composiciones

se interpretan a diario en todo el país, sean del autor que fueren. No tardéis.

Sin aguardar respuesta, seguro de ser obedecido, el inspector salió del gabinete de trabajo, y, poniéndose la bata dejada por Medway, se cubrió el rostro para que el prisionero no le identificara. Penetró en una habitación, en la que, sujeto con grilletes a la pared, estaba un hombre con el rostro sudoroso: Jack Constable.

Buscando el efecto psicológico, Stebbins le contempló con fijeza, moviendo al marcharse la cabeza en señal de pesadumbre. Marión Forrest, en el pasillo, le abordó:

—¿Quieres algo? Voy a mi trabajo. Conviene que no sospechen de mí.

—Sí. Tráeme el magnetófono con la declaración de Giovanni. Voy a hacer un último intento. Si fracaso...

—¿Qué?

—¡Tendremos que dejarle en libertad! Nosotros no somos «gangsters».

Acompañó a la muchacha hasta una cámara acorazada donde guardaban documentos de vital importancia. Walter tomó lo solicitado y se encaminó de nuevo a la celda. Cerró a sus espaldas y puso en marcha la cinta. La voz de Melotti se dejó oír reconociendo su forzada participación en hechos criminales. Stebbins, con gesto teatral, detuvo el aparato y habló con tono persuasivo:

—No se obstine en callar. Stefan Dobrita sabía demasiado y le asesinaron. A su esposa le sucedió lo mismo. Usted tampoco vivirá mucho. Debe cooperar con nosotros en el descubrimiento del criminal, decírnos lo que sabe ese Henry, al que tenemos medio localizado ya.

No era una fanfarronada. Las sospechas del inspector comenzaban a centrarse en...

Jack Constable inquirió:

—¿No me asesinarán después de que hable?

—Volverá a su casa. Se lo garantizo. ¿Le basta ver mi cara?

Arrancó la blanca máscara de su rostro. El director cinematográfico gritó:

—¡Stebbins!

—He llegado al máximo de concesiones. Actúo, como sabe, en

nombre de la ley. No intente mentir. Sus celos eran fingidos, un pretexto para matarme. Si no colabora soy capaz de acusarle del asesinato de su esposa.

—¡No...! ¡Yo no fui...!

Jack, angustiado, contempló la pétrea faz de su interlocutor. Inclínó la cabeza con abatimiento, sin observar que Walter ponía en marcha el aparato Magnetofónico:

—Sarah era ambiciosa. A ella debo haber llegado a la actual situación. Por todas partes se lamentaba de que la posponía a mi trabajo. La verdad era otra. Su derroche en modelos, automóviles y joyas era tal que, unido a la crisis cinematográfica, me colocó al borde de la ruina. Mis preocupaciones aumentaron. Doblé mi labor dirigiendo dos producciones al tiempo y la previne seriamente, sin éxito. Mi esposa no se amaba más que a sí misma. Consulté con un abogado. «Imponga su autoridad», me dijo. Lo intenté en vano. Tuvimos numerosos disgustos, al final de los cuales mis nervios se resentían. Aplacé una película y otra fue un fracaso. El artista necesita paz.

Constable hizo una pausa, ordenando sus ideas. Walter le escuchaba sintiendo que en su pecho el corazón latía más deprisa.

—La amenacé con separarme de ella. No pude hacerlo. Reclamaba un dinero que no podía darle. Por entonces entró Marión Forrest a mi servicio. Más que una empleada fue una colaboradora, una amiga. Me enamoré de ella, aunque nunca se lo dije. El miedo a perderla me contuvo. Pasó un año. La televisión progresaba y tres «cines» de mi propiedad, mis mayores ingresos, cerraron sus puertas. Me consideré perdido y afronté un nuevo diálogo con mi esposa. Hipotequé mi hotel y las acciones de la empresa de que era director. Sarah me llamó cobarde. Me dijo que ella conocía a un hombre capaz de, sin comprometerse, aniquilar a los competidores. Por vez primera en muchos años, me besó. Aquella noche, en mi cuarto, a oscuras, Henry me propuso un plan audaz. El volaría las instalaciones del Monte Wilson y las similares de los Estados Unidos a cambio de mi obediencia por un plazo de dos años. También me facilitaría un millón de dólares. Acepté y comenzaron los atentados en Los Ángeles. Resueltos en parte mis atrasos económicos, Sarah tornó a su habitual derroche, convirtiéndose de nuevo en la mujer solícita para con su marido. Su

amor propio y no su cariño le hizo sentir celos de Marión. El instinto no la engañaba.

Hubo un largo silencio. Stebbins no osaba interrumpirle.

—Unas horas antes de que se celebrara la fiesta de la Sociedad Fílmica Internacional, recibí una nota ordenándome que matara a un hombre que se presentaría bajo la falsa personalidad de ayudante de dirección francés. La idea me horrorizó. No era un asesino. Hablé con Sarah en su habitación. Ella me animó. En ese momento sonó el timbre del teléfono y una voz inconfundible me amenazó si no obedecía. Había llegado demasiado lejos para retroceder. Puse un silenciador a la pistola y disparé contra usted, procurando herirle. Deseaba asustarle y que huyera. No esperaba su reacción y luchamos unos segundos. Pude desasirme. Mi esposa me aguardaba en el salón y me arregló el lazo de la corbata. Minutos más tarde, Marión nos presentaba. Ella frecuentó su trato siguiendo indicaciones de Henry y juntos le preparamos la encerrona de la que se salvó milagrosamente.

Jack Constable se refirió a su reunión con Melotti y el misterioso Henry, que culminó en la trampa de la que, inexplicablemente, Sarah le libró.

—Quizá a última hora se enamorara de usted. Henry debió apuñalarla. Me capturaron. No sé más. ¿Qué va a hacer?

—Soltarle. La única condición es que se deje vendar los ojos. Su sinceridad le ha salvado. No obedezca órdenes de nadie. Si le amenazan acuda a mí.

—Gracias, Stebbins. Se porta conmigo mejor de lo que merezco.

—Hacer bien a los que nos hacen mal es la cualidad que nos diferencia de los animales. ¿Está seguro de que Giovanni formaba parte de esa reunión?

—¿Completamente, acaso?

—Sí. Le supuse el hombre al que buscábamos. Posee una inteligencia portentosa. Habré de orientar de nuevo mis investigaciones.

Sentía viva gratitud hacia Jack, que le libraba de una pesadilla: la del recuerdo de Sarah. Admiró la extraordinaria agudeza de John Medway. Indudablemente, el amor ciega a los humanos.

Cubrió los ojos de Constable con un pañuelo y del brazo le condujo a su automóvil, en el que, realizando desconcertantes

maniobras para desorientar al que fue su prisionero, lo trasladó a las proximidades de la ciudad.

—Adiós, Jack. No olvide que se debe a su patria. Usted no es cobarde. No corra el riesgo de, acusado de espionaje o complicidad en asesinato, ser encerrado en un presidio por muchos años.

El inspector dio marcha atrás para maniobra, dirigiéndose a casa de Marín. Si el relato de Constable era cierto, necesitaba reflexionar. Giovanni no podía ser culpable.

Se encerró en el despacho y con los codos sobre la mesa y la cabeza apoyada en las palmas de las manos se abstraigo tanto que no sintió llegar a John Medway. El joven habló:

—Han secuestrado a Melotti. El hotel presenta señales de violencia. Su secretario, Pedro Thiers, que acaba de llegar de Nueva York, ha recibido un balazo en la cabeza y yace muerto en la biblioteca. En la chimenea, que no sirve más que para adorno en estas latitudes, hay un montón de cenizas: las partituras que te interesaban. Henry se nos ha adelantado por unas horas.

John se sentó en una butaca encendiendo un cigarrillo. Stebbins murmuró:

—Creí tener en mis manos al culpable y estamos peor que al principio. Me duele confesar a Washington mi fracaso.

Levantó el auricular con el propósito de pedir comunicación con el Estado Mayor. John se lo impidió:

—Espera. Tengo la seguridad de que las órdenes de sabotaje se transmiten utilizando una clave musical, distinta para cada uno de los países del mundo. Recuerdo una de las lecciones que recibí en la Academia sobre la llamada «teoría de la variación», —la mirada de Stebbins se animó—. Supongamos que las notas equivalen a letras. Hay que adaptar el mensaje a la composición y no crear una composición para un mensaje. Si «do», en el primer día, tiene un valor, sea el que fuere, esto no quiere decir que sea siempre el mismo. Con intervalos regulares, cada dos, tres o cuatro días, la cifra se transforma y «do» pasa, alternativamente, a adquirir otras significaciones. Para ello, los que traducen los informes han de tener en cuenta que en una misma clave hay una serie de ellas. La dificultad estriba en que en toda composición hay una serie de pasajes inútiles que no contienen mensaje. ¿Cómo se distinguen? He ido lejos en mis razonamientos, Walter. Imagino por qué han

fracasado nuestros expertos. No intervienen sólo las notas, sino la graduación de los sonidos. Una de las razones por las que Melotti ha conseguido fama universal es porque imprime su propio carácter a las obras. Igual que en fechas u horas señaladas varían, según su código, las letras que corresponden a las notas, así los mensajes van en los pasajes suaves o fuertes de la orquesta. También pueden encontrarse en los solos de piano o de cualquier otro instrumento. Llevo varios días revisando los comentarios de los críticos musicales sobre el modo de dirigir de Giovanni.

Todos coinciden en lo mismo: una gran personalidad. Ése es el secreto, Stebbins. Sólo un genio como él puede llegar a la modificación de algunos sonidos sin que el público lo advierta...

—No sigas —le interrumpió Walter—, Melotti no puede ser culpable.

—No hablo de la identidad del hombre al que buscamos, sino de la transmisión de los mensajes. Todos los días la emisora

C. L. M.,

de Los Ángeles emite de seis a siete, por especial concesión a Giovanni, varios discos cedidos por él. ¿Comprende? Faltan diez minutos. Todas las tardes registraremos esa música en cinta magnetofónica, esperando que se produzca un acto de sabotaje. Entonces será más fácil la tarea a nuestros técnicos.

—Perfectamente, John. Creo que estás en lo cierto. Vamos abajo...

Al día siguiente se incendiaba el «Boeing XB-47»,

única superfortaleza americana de seis motores a reacción. Para Washington salieron los dos técnicos residentes en Los Ángeles llevando consigo, grabado una cinta magnetofónica, el concierto de la tarde anterior.

Walter Stebbins y John Medway, que, para protegerles, les acompañaron hasta el aeródromo, se trasladaron a un restaurante, entrando luego en dos cines de sesión continua. No querían dejarse ver por la ciudad ni exponerse a la casi segura vigilancia ejercida en torno a sus residencias.

De noche, tomaron unos «sándwiches», rociándolos con zumos de frutas. Después se encaminaron al «barrio chino», dejando el automóvil estacionado frente a un lujoso «cabaret» de estilo

oriental.

—Vamos. Ese «tipo» es muy peligroso. No te descuides. Tu intento es suicida, pero no hay otro remedio.

Se estrecharon las manos, deseándose suerte. John cruzó la calle llamando al almacén de bebidas donde Richard Kohorn le informó que habitaba Ralph Hogan, en compañía de Luigi, mientras el inspector del

F. B. I.,

en la acera opuesta, protegido tras un árbol, esperaba el momento de actuar.

Salió a abrir uno de los «gangsters», antiguo compañero de Medway. Su sorpresa no tuvo límites al verse encañonado por una «*Parabellum*».

—Di al jefe que le espero. Tengo noticias.

—Sube tú.

—No soy tan necio. Que venga solo. Espero aquí.

El forajido, cerrando, se dispuso a cumplir el encargo. John pegó el oído a la puerta de madera, que minutos después se abrió para dejar paso a Ralph Hogan.

—¿Qué quieres? —preguntó el «boss»—. Te supuse lejos de Los Ángeles.

—Te equivocaste. Dile a ése que se marche. Estoy harto del

F. B. I.

y pretendo vender informes. No intentaré matarte. Veo que, como yo a ti, me apuntas desde el bolsillo de la americana. Dispararíamos a la vez.

El «gángster» hizo una seña al que le acompañaba, el cual desapareció.

—¿Te interesa saber los nombres y direcciones de los agentes que trabajan en la ciudad?

—¿A cambio de qué?

—De tu promesa de respetar mi vida. Luego, para otras cosas, concertaremos precios.

El «boss» dudó unos segundos.

—Sea —aceptó.

John sacó un doblado papel. Hogan se distrajo unos segundos y cuando quiso reparar en la trampa dos bombas de gases lacrimógenos lanzadas por Stebbins estallaban junto a él. Medway,

con extraordinaria rapidez, conteniendo la respiración, se tiró en plancha contra el «gángster», derribándole. Ralph quiso gritar. El humo se le introdujo por las vías respiratorias. Aún tuvo tiempo el «boss» de apretar gatillo, sembrando la alarma. El proyectil rozó la mano de John que, de un culatazo, dejó a Hogan sin conocimiento.

Le arrastró hasta el centro de la calle. Los ojos le escocían. Walter se hizo cargo del cuerpo del indeseable, metiéndole en el coche. Los hombres de Hogan, desde las ventanas, ocultos entre las nubes de gases, tiraban a ciegas, sin precisar la puntería. Ya en el «Ford» arrancaron, sintiendo el próximo ulular de las sirenas de la policía.

Salieron al campo, pensando que a Richard Kohorn le correspondía la parte más dura. Detener a Luigi y a los miembros de las dos cuadrillas, efectuando un minucioso registro en el edificio. Tal vez allí tuviesen prisionero a Giovanni Melotti.

Walter conducía. Medway desarmó al pistolero, colocándole unas esposas.

—Para donde quisieron eliminarme. Allí le haremos «cantar».

Ralph Hogan, que había recobrado el sentido, oyó el comentario de John y maldijo en alta voz. No abrigaba esperanzas con respecto a su suerte.

Luego de esconder el automóvil entre la exuberante vegetación, los tres hombres saltaron a tierra. Walter, enfrentándose con el «gángster», le interrogó:

—¿Vas a decirnos lo que sepas? No hay mucha claridad, pero te veo perfectamente.

El puño derecho del inspector federal golpeó en el rostro al prisionero. Medway sostuvo a Ralph para que no cayera. La cara del forajido se cubrió de sangre. A Stebbins le repugnaba pegar a un hombre indefenso, pero el interés de la patria estaba por encima de sus sentimientos.

—Esto es sólo el principio. ¿Oíste hablar del tercer grado?

—Sí. ¿Quién no?

—No es nada si lo comparamos con lo que pienso hacer contigo. ¿A qué hora colocasteis los explosivos en el monte Wilson?

—No fui yo.

—Dale tú ahora, John. Yo le sujetaré.

Dos feroces puñetazos en la mandíbula hicieron estremecer

violentamente la cabeza del «boss». Nadie acudiría en su ayuda. Aquellos individuos no vacilarían en matarle a golpes. Stebbins repitió la pregunta, no sin formular una amenaza:

—Será mejor que utilicemos la culata del revólver.

Despacio, con movimientos estudiados, sacó un «Colt» 45, esgrimiéndolo por el cañón. No le pegó en el rostro, sino en el hueso del codo. Un calambre recorrió el cuerpo de Hogan.

—¡Basta...! ¡Hablaré!

—Eso es juicioso —intervino Medway—. Un «tipo» como tú no se merece mejor trato. Empieza por decirnos quién provocó la explosión.

Ralph vaciló unos segundos. Al ver que iban a pegarle de nuevo se apresuró a decir:

—Es un tal Smith, ingeniero, de nacionalidad austríaca. Dos de mis hombres llevaron las cargas de dinamita al atardecer y él se encargó, horas después, de establecer el contacto eléctrico que accionaba el percutor. Me puse de acuerdo con Sarah para probar la coartada. La justicia carecía de pruebas contra mí y no quería que me acusaran por ese delito.

—¿Sarah? ¿Te refieres a la esposa de Constable?

—Sí; muerto Stefan Dobrita ella era nuestro enlace.

La inesperada revelación fue una sorpresa para el inspector del F. B. I.

—¿Quién la apuñaló?

—Lo ignoro —la mano de Stebbins se alzó en una ostentable amenaza. El «gángster» gritó—. ¡No lo sé!

—Haré por creerte. ¿Raptaste a Melotti?

—Sí. Lo encerramos en la casa que asaltasteis. Recibimos severas instrucciones de no hacerle ningún daño. Eso es todo.

John y Walter se miraron. El primero inquirió:

—¿Qué hacemos con él?

—Le entregaremos a la policía para que le mantenga incomunicado hasta nueva orden.

En Jefatura les esperaba Richard Kohorn acompañado de Giovanni.

—Luigi y uno de sus hombres escaparon. Los demás han terminado sus carreras de crímenes. He aquí a sus verdaderos salvadores, Melotti. Ellos nos pusieron sobre la pista.

—Sí —mintió Stebbins—, Henry ha muerto. Lo mató John de un balazo. El asunto puede darse prácticamente terminado.

—¿Quién era? —inquirió el inspector de la Metropolitana.

—Te lo diré en otro momento. Ahora voy a dormir. Mañana regresaré a Washington a redactar un minucioso informe. Adiós, Giovanni. ¿Vienes, John?

El joven, asombrado, repuso:

—Cuando quieras.

Atravesaron el cuerpo de guardia y el ancho vestíbulo, saliendo. Medway, en el coche, sin poder contenerse, preguntó a su compañero:

—¿Por qué dijiste que maté a Henry?

—Ya lo sabrás. Ahora lo interesante es saber si hay noticias del Estado Mayor.

Encontraron Marión presa de viva excitación.

—¡Han encontrado la clave! —exclamó al verles entrar—. Acaban de felicitarnos.

—Es un triunfo que te pertenece por completo, John. Se evitarán nuevos atentados.

Horas después, la sorpresa de Walter no tuvo límites al escuchar por radio que varios transportes que cargaban primeras materias para Vietnam habían sufrido desperfectos a causa de misteriosas explosiones...

CAPÍTULO IX

EL comisario de Estado Mayor escuchaba atentamente las palabras de Walter Stebbins. Una vez que éste hubo terminado, dijo:

—Me parecen bien sus planes, inspector, y tendré en cuenta lo que me ha dicho acerca de Medway. Ese joven vale mucho. En su relato han quedado sin responder algunas preguntas, una de ellas la repetición de los atentados teniendo en el Departamento noticias de que iban a realizarse. Son fuegos de artificio, Stebbins. Si la prensa hubiera dado la noticia de la captura de los saboteadores de una zona, todos los espías del país se habrían puesto sobre aviso. Hacemos creer a la opinión pública que arden los aeródromos y vuelan los barcos para que no se interrumpan las criminales órdenes. Nos limitamos a esperar a un individuo o grupo de individuos —muchas veces «gangsters» a sueldo— y les capturamos sin dar publicidad al hecho. Llegado el momento, los Estados Unidos conocerán la verdad. Haga una visita al Laboratorio Le explicarán la cifra utilizada por la organización a la que perseguimos. Merece la pena.

—No podré, señor —repuso Walter—. He de partir a Los Ángeles dentro de una hora.

—Como guste. Marión Forrest no fue enviada allí para resolver este caso. Desde hace años es el director-residente de los hombres que operan en Hispanoamérica, principalmente en Méjico y Panamá. Esas naciones son amigas, pero conviene no descuidarse. Su labor ha sido y es extraordinariamente eficaz. El territorio azteca es considerado como el más formidable cuartel general de espionaje del mundo entero, incluyendo Oriente Medio. Su trabajo en una productora cinematográfica no es sino un pretexto para permanecer en la más inquietante de las ciudades de California. Entre la radio y

la televisión, Los Ángeles es un mar de antenas. Una emisora especial, la misma que han utilizado para comunicar en el Estado Mayor, transmite órdenes a los países vecinos.

—Comprendo.

—Ha llevado con inteligencia su tarea, Walter. Con la maniobra que acabamos de concertar finalizaremos el asunto. El documental que escoltará a Francia contiene planos de nuestras principales instalaciones de guerra. Aún no me explico cómo pudieron conseguirlos. Las fotografías de plantas e insectos son las mejores para enviar mensajes. Tenemos la certeza de que no se ha hecho ninguna copia de esa película sobre fauna y flora de California. El negativo está en nuestro poder. Le acompañará el director del Instituto de Historia Natural de San Francisco. Vele por su vida. Dará una conferencia en la Sorbona, de París, sobre los Estados Unidos. Lo mismo hará en nuestra zona de Alemania, Italia e Inglaterra. No se desvíe de mis indicaciones más que para salvar la vida. ¿Continúan siguiéndole?

—Sí. Por eso pedí verle en su despacho oficial. ¿Algo más?

El inspector Walter Stebbins se puso en pie. El comisario le tendió la diestra.

—Suerte —dijo.

—Gracias, señor.

Walter descendió las escaleras del gran edificio, en uno de cuyos despachos acababa de celebrarse la entrevista, y llegó a la avenida de la Constitución. Recostado en un árbol, en actitud negligente, estaba el hombre que no le abandonaba desde su salida de Los Ángeles.

Un taxi le condujo al aeródromo, donde montó en el cuatrimotor que hacía el servicio Nueva York, Washington, San Francisco de California. En este último punto se uniría al doctor Robert Carra, y juntos, portando el documental, cruzarían de nuevo Norteamérica, para, a través del Atlántico, aterrizar en Europa.

Segundos antes de iniciar el vuelo, Stebbins movió la cabeza. Tres asientos detrás del suyo, enfrascado, como siempre, en la lectura, se hallaba el individuo que se había convertido en su sombra. No le agradaba la posibilidad de hacer el largo recorrido con un enemigo a la espalda.

El avión se puso en marcha y Walter aceptó la revista que la

camarera de a bordo le ofrecía.

El inspector, que tantas veces realizó el mismo viaje, se abstraía.

El cuatrimotor volaba sobre San Luis, la hermosa capital que se alza en las orillas del Mississippi. Dentro de poco, a través del Estado de Missouri, penetrarían en Kansas.

Stebbins se dirigió a la popa del avión, a los lavabos. Su perseguidor, escondió algo entre las manos. Aquel gesto, quizá involuntario, inquietó a Walter.

Regresó a su asiento. A su lado iba una mujer de unos treinta y cinco años que le recordó a Sarah, la esposa de Constable.

Los respaldos eran altos, ocultando casi por completo las cabezas de los viajeros.

Transcurrió una hora larga. Stebbins se dijo que el exceso de imaginación le jugaba una mala pasada, robándole la tranquilidad.

Pasó por su lado una de las «stewardess», a la que pidió un doble de «whisky», que le fue servido.

A la altura de Denver, en las Montañas Rocosas, el avión sufrió un brusco descenso, sin duda a causa de un bache de aire. Una señorita, acomodada en los primeros sillones, dio un grito, los pasajeros se incorporaron con sobresalto. Walter, comprendiendo que el momento había llegado, alcanzó el pasillo, y sus ojos se volvieron a su perseguidor. Lo hizo a tiempo. Éste tenía en su boca una cerbatana india y le lanzaba una flecha diminuta.

El inspector se tiró al suelo y el proyectil se clavó en el brazo desnudo de una señora de edad madura, que, excitada, no percibió el picotazo.

Stebbins se arrojó contra su enemigo, que quiso sacar un arma. No pudo conseguirlo. Dos manos de hierro se aferraron a su garganta con furia homicida. Walter sabía que acababa de librarse milagrosamente de la muerte. Sintió un rodillazo en el estómago que le obligó a soltar a su presa. Aprovechando la media distancia, el hombre esgrimió una pistola, pero Stebbins fue una fracción de segundo más rápido y disparó una sola vez.

Aumentó el griterío. El telegrafista y uno de los pilotos llegaron procedentes de la cabina de mandos.

Stebbins habló:

—No se alarmen. Me limité a defenderme. Atiendan a esa dama. No es un desmayo. Está muerta.

Así era. La infortunada mujer que recibió el diminuto proyectil lanzado por la cerbatana yacía sin vida.

Walter se negó a dar detalles de lo ocurrido.

—Informaré a las autoridades. Asumo toda la responsabilidad. No será agradable continuar el viaje en compañía de dos cadáveres.

—Deme su arma —pidió el piloto.

Stebbins se la entregó sin protesta. En el bolsillo derecho de la americana llevaba una pequeña «Browning».

Se restableció la calma. Walter se acomodó en su butaca. La que ocupaba el asiento inmediato, volviéndose a él, dijo:

—¿Por qué le mató?

—Fíjese en el brazo de la muerta. Dispararon la flecha contra mí —repuso el inspector con un susurro de voz—. Por favor no lo refiera a nadie.

Walter estaba seguro de que la última recomendación surtiría el efecto contrario. Antes de anochecido, cuando volaban al sur de la Gran Cuenca Cerrada, todos los viajeros eran conocedores de la verdad. Stebbins sonrió. Nada mejor para dar una noticia que recomendar secreto a una mujer.

Pese a su actitud de indiferencia, el miembro del F. B. I.,

no perdía de vista a la que, con su grito, distrajo la atención general, facilitando la labor del asesino.

Muy entrada la noche, el cuatrimotor aterrizó en el aeródromo de San Francisco. Los reflectores iluminaban una ancha faja de cemento. El capitán advirtió:

—Que nadie salga del avión hasta que llegue la policía. Hemos comunicado lo ocurrido por telégrafo. No tendrán que esperar mucho.

Apenas el aparato se detuvo, tres hombres de paisano irrumpieron en la cabina de pasajeros. El telegrafista señaló con el dedo a Stebbins y uno de los agentes se acercó al inspector.

—Habrá de acompañarnos.

—No lo crea. Ahí tiene mi carnet. Detengan a esa señorita.

El asombro de los que escuchaban el diálogo llegó al máximo al ver que Walter era saludado respetuosamente por las autoridades.

Stebbins abandonó el aeropuerto y en un automóvil de alquiler se trasladó al edificio de Teléfonos, desde donde se puso en

comunicación con Washington. Después, ya en Jefatura, habló en privado con el comisario.

Libre de formalidades oficiales, se alojó en un hotel de la calle del Mercado, tardando en dormirse. Pocas veces estuvo tan cerca de la muerte, como en el cuatrimotor. Su intuición del peligro, una vez más, le había salvado.

Sonó con tribus salvajes y flechas arrojadizas, despertando con un formidable dolor de cabeza. Una ducha de agua fría le despejó.

Desayunó fuerte, para, después, dirigirse al domicilio particular de Robert Carra, director del Instituto de Historia Natural, que vivía modestamente en una casa de la plaza de la Unión.

Cinco horas más tarde abandonaban la ciudad en un reactor, rumbo al viejo Continente.

Mientras tanto, en Los Ángeles, Jack Constable, sentado en una silla de lona, ordenaba:

—¡Preparados!

La cámara, montada sobre rieles, se dispuso a tomar una escena amorosa entre los protagonistas. Grandes focos iluminaban un pequeño gabinete. Marión Forrest, que consultaba un cuaderno de notas, se acercó al galán.

—Ayer no llevaba el pico del pañuelo de pecho fuera. El nudo de la corbata era más ancho.

El aludido hizo las modificaciones y la joven se apartó para que comenzase el rodaje. En el plato reinaba un silencio absoluto, roto sólo por las frases de los actores.

—¡Corten! —Mandó, enojado. Constable—. No es eso. Les he dicho mil veces que...

El trabajo lento, agotador, comenzó de nuevo. Cientos de hombres se movían disciplinadamente a la voz del director, que repetía numerosos planos de los que, en la sala de pruebas, elegiría las mejores tomas.

Finalizada la tarea, a las siete de la tarde, Jack propuso a su secretaria.

—La invito a tomar una copa. Quiero hablar con usted.

Marión Forrest accedió gustosa.

En el «Chevrolet», propiedad de Constable, se trasladaron a uno de los más lujosos nighth-club de los Ángeles.

Bailaron, conversando de temas generales. Al fin Jack abandonó

el problema que le obsesionaba.

—Le ruego que me escuche serenamente. Marión. Lo que voy a decirle es de singular transcendencia. Estoy enamorado de usted. Si no se lo dije antes fue debido a que en vida de mi esposa la proposición no era correcta. La estimo en todo lo que vale y sé que no es capaz de realizar nada indigno. Le hago una oferta de matrimonio.

—¡Jack! —exclamó ella, sorprendida.

—No me interrumpa ni me responda aún. Antes de que se decida, quiero que conozca lo único vergonzoso de mi pasado.

Con voz triste refirió a la muchacha su intervención en los hechos delictivos perseguidos por el

F. B. I.,

Marión, emocionada por la sinceridad del hombre, oyó el relato en el que Constable no omitió su parte de responsabilidad.

—Ignoro si me procesarán o seré muerto por ese Henry misterioso que tanto me preocupa y a quien me gustaría ver en la silla eléctrica. Sé que no la merezco, pero si me amase resurgiría de entre las cenizas del pasado...

La música, a lo lejos, desgranaba sus notas.

En los ojos de Constable había angustia. Marión suplicó:

—Por favor. Déjeme reflexionar. Mi resolución depende de...

No terminó la frase. Jack, dulcemente, la cogió de una mano.

—Siga.

—No. Mañana le responderé. Si ha esperado tanto tiempo podrá aguardar unas horas más.

La muchacha bebió una copa de *champagne*, incorporándose. Añadió:

—Me agradecería reflexionar a solas. No me acompañe. Tomaré un taxi.

—A su gusto. ¿No puede anticiparme...?

—Sí; goza de mi simpatía, de mi afecto y de... Adiós. Nos veremos mañana en los estudios.

Salió la joven, con un volcán encendido en el pecho. ¡Ella también estaba enamorada de Constable!

Un coche la condujo a las inmediaciones de la llanura de Los Ángeles. Luego de comprobar que no era seguida, caminó sin necesidad de utilizar la linterna. La luna iluminaba profundamente

la tierra.

En el chalet se encerró en el cuarto de la emisora, y, por vez primera en muchos años, informó a sus jefes de algo que la afectaba personalmente.

Tardó doce minutos en emitir el mensaje en clave y, acomodándose en una butaca, esperó con impaciencia la respuesta.

Uno de los agentes de servicio interrumpió sus meditaciones.

—Te llaman por teléfono, Marión. Es Medway.

—Espero noticias de Washington. No te separes de la radio. Es algo, para mí, de vital importancia.

La joven subió al despacho y desde el otro lado de hilo oyó la voz de John.

—Ven enseguida con la cámara microfotográfica y lo necesario para trabajar en huellas. Estoy en la casa de Constable.

Marión, sobresaltada, inquirió con ansiedad:

—¿Le ha ocurrido algo?

—No. Pude evitarlo a tiempo. ¡Te espero!

El agente del

F. B. I.,

colgó y la muchacha, tomando lo pedido, se dirigió al garaje. Minutos después el vehículo volaba en dirección a la zona residencial de Los Ángeles...

CAPÍTULO X

EN el dormitorio de Jack Constable reinaba un gran desorden. Marión Forrest, con ojos asombrados, contempló a John Medway y al inspector de la Metropolitana, Richard Kohorn, quienes la saludaron afectuosamente.

—¿Qué ha sucedido?

—Vigilábamos el hotel cuando vimos penetrar a un individuo por una de las ventanas —explicó el agente del F. B. I.

—. De mutuo acuerdo decidimos esperar unos minutos para confiarle y saber lo que pretendía. Estábamos tranquilos con respecto a la suerte de Constable, pues aún no había regresado. Al fin nos decidimos a actuar siguiendo los mismos pasos que el visitante, encontrándonos con la sorpresa de la falleba cerrada. Los visillos nos impedían ver el interior. Abrimos la puerta con una ganzúa y avanzamos en silencio. No nos extrañó que no hubiese ningún sirviente. Jack los despidió a raíz de la muerte de su esposa. Es posible que no tuviese confianza en ellos. El hombre al que buscábamos nos sintió llegar. En el pasillo escuchamos el ruido de una ventana al abrirse. Derribamos a empujones la puerta de la habitación. No había nadie. Richard me reprochó y aún me reprocha no haber permanecido en el jardín. Mi propósito, que no le comuniqué porque no había tiempo para discusiones, era dejarle escapar. Henry, después de la falsa declaración de Stebbins en el sentido de que yo maté al jefe de la organización, vive confiado.

—No lo entiendo —rezongó Kohorn.

—Falta poco para aclarar la incógnita. Mira, Marión. Una bomba de relojería. Se limitó a dejarla debajo de la cama. Cógela sin miedo. Paré el mecanismo. Haría explosión dentro de tres horas, es

decir, cuando Constable estuviera en el lecho. Fue una suerte para él que vigilásemos la casa. El intruso apenas inició el registro.

—¿Qué se llevó?

—No lo sabemos. Tal vez, nada. Me interesa que, desde distintos ángulos, fotografíes la alcoba para estudiar después el detalle de conjunto. Quiero que salgamos de aquí cuanto antes para no ser sorprendidos por Constable. Me molestan las explicaciones.

—Ya no es posible. Ahí entra.

Se oían pasos. Jack, al franquear la puerta, no pudo contener una exclamación de asombro.

—¿Qué hacen aquí? ¿Y tú Marión? ¿Qué relación tienes con estos hombres?

La aludida no respondió. Una sospecha se abrió en la mente de Constable, el cual, sin escuchar las explicaciones de Richard Kohorn, se acercó más a la mujer.

—¿Pertenece a la policía?

—Sí, Jack, en cierto modo, sí. Por eso aplacé mi contestación. Necesitaba consultar con mis jefes. No soy dueña de mis actos.

El tono mordaz, insultante de la respuesta, hirió a la joven en el corazón.

—¡Debí sospecharlo! ¿Preguntaste los besos que podrías darme? Ahora me explico por qué frecuentabas mi trato. Te interesaba para enredarme en tus redes y demostrar mi culpabilidad. ¡Me espiabas...! ¡Qué asco!

—¡Basta, Constable, o no sabré contenerme! Está cometiendo una injusticia. No es el llamado a juzgar ajenas conductas. ¡Debe examinar la suya primero! —Las palabras de John Medway sonaban como trallazos—. Nosotros luchamos en defensa de la patria, vertiendo nuestra propia sangre por un fin noble. Usted se ha vendido a los enemigos de la humanidad.

Temblaban las aletas de la nariz del joven agente federal. Constable palideció.

—No quise ofenderle.

—Lo hizo. Le debe la vida a lo que tanto desprecia.

Con frase entrecortada por la ira refirió lo acontecido y el hallazgo de la bomba debajo de la cama. Jack rogó:

—Perdónenme. Amo a esa mujer y me enloquece pensar que todo no fue sino una farsa. ¡Nos vigilan!

El director cinematográfico señalaba a la ventana, hacia donde miraba para ocultar su turbación. Todos se volvieron a tiempo de distinguir a un hombre que corría por el jardín. Medway impidió a Richard seguirle.

—Déjale. No podrá salir de los Ángeles. Sigamos con lo nuestro. El señor Constable querrá descansar.

Pero Jack carecía de prisa. Marión Forrest, que había terminado su trabajo, charlaba animadamente con él...

Veinticuatro horas más tarde, en París, Walter Stebbins, después de depositar el documental de que era portador en la caja acorazada de un Banco se dispuso a pasear por la capital, visitando primero el Museo del Louvre, en el que consumió la mayor parte de la mañana.

Robert Carra marchó horas antes del hotel, dispuesto a realizar una serie de visitas oficiales. La primera conferencia se celebraría, a la noche siguiente, con la proyección de la película de corto metraje.

El inspector caminó por la rué de Rívoli de donde pasó a la plaza de la Concordia y, por el puente del mismo nombre, atravesando el Sena, llegó al Muelle

d'Orsay,

deteniéndose en el Instituto de Bellas Artes a la hora concertada con Carra.

Comieron juntos en los grandes salones de la Embajada norteamericana, en un banquete ofrecido por el agregado cultural de su país. A los postres, Walter se incorporó, saliendo. Poco después le imitaba el jefe de la Oficina de Información.

Los dos hombres sostuvieron una breve charla.

—He reducido a cenizas el peligroso documental —explicó Stebbins—. Nuestros enemigos lo ignoran y no vacilarán en arriesgarse por conseguirlo. Actuaré en París. Oficialmente se silenciará lo que ocurra. Te trasladarás a Londres, Italia y Alemania, con el mismo cebo dispuesto. No podemos fracasar. ¿Tuviste noticias de Washington?

—Sí. Esta noche recibiremos por avión varios documentos sobre arte e historia en los Estados Unidos. Ya se lo he comunicado a Robert Carra.

—De acuerdo. Él no sabe nada.

El miembro de la Embajada norteamericana sonrió.

—¿Oíste hablar del llamado inspector anónimo? Su figura es legendaria en la Sección de Extranjero del
F. B. I.

—Sí. ¿Dónde vas a parar?

—Es Robert. Le conocí en Polonia, en la época difícil de la dominación alemana. Volvamos. Van a empezar los discursos y hemos de poner rostro diplomático.

Del brazo, fumando un cigarrillo, entraron en el comedor en el que hacía uso de la palabra el subsecretario de Educación francés para dar la bienvenida al «prestigioso director del Instituto de Historia Natural de San Francisco...»

La ceremonia duró hasta muy entrada la tarde. Stebbins, harto de formulismo, se cambió de ropa en el hotel y en un taxi se trasladó al *boulevard* de Granelle, esquina a la avenida de Towendal, entrando en un *cabaret* propiedad de un «informador» del

F. B. I.

El establecimiento no difería de otros muchos de Brooklyn o Harlem. La orquesta de música moderna y las parejas danzantes le hicieron pensar que en todas las latitudes los humanos precisaban de una panacea para olvidar la rudeza de la vida.

Pidió a un camarero un vermouth con ginebra y a los pocos minutos le sorprendió ver acercarse al dueño del local, un viejo conocido, con una botella de *champagne*, que depositó ante él, sin mirarle.

Con un paño, limpió el tablero en el que se acodaba Walter, murmurando:

—¡Cuidado!

Le sirvió la primera copa y regresó de nuevo al mostrador.

Stebbins, comprendido que le amenazaba algún peligro, aparentó no haber escuchado la advertencia y sacando un paquete de Philip Morris extrajo un cigarrillo, que encendió. Después, mientras aspiraba voluptuosamente el humo, giró la mirada en torno suyo. A su derecha varias muchachas coqueteaban con un grupo de estudiantes; frente a él, la pista de baile; a la izquierda una amartelada pareja de novios. Forzosamente, el enemigo tenía que estar a su espalda.

Invitó a bailar a una de las jóvenes de la mesa próxima, que

accedió encantada. Walter poseía un especial atractivo para las mujeres. Su mentón pronunciado, sin desfigurarle el rostro, le daba un aspecto de dominio.

En un giro de danza vio a tres hombres que, disimuladamente, procuraban no perderle de vista.

Sintió tentaciones de burlarles, pero su espíritu de aventura le hizo trazar un plan audaz. Era mejor enfrentarse con ellos ahora que en otra ocasión en que disfrutaran de la ventaja de la sorpresa.

Galanteó a la muchacha en un francés nasal y, de vuelta a su mesa, ostensiblemente, miró su reloj de pulsera, abonando la consumición.

En la calle, con paso rápido, caminó por la avenida de Emile Zola hasta llegar al Puente de Mirabeau, que cruzó.

Por la orilla del Sena, simulando haberse dado cuenta por vez primera de que era seguido, anduvo entre mercancías amontonadas cerca de las gabarras, escondiéndose al fin detrás de una grúa de plataforma.

Oyó hablar a sus perseguidores.

—Aseguran que es peligroso.

—Lo dudo, Pedro. Se esconde como una comadreja.

El que había lanzado el insulto sintió de pronto un formidable latigazo en la nuca que le derribó sin conocimiento. Stebbins le había propinado un feroz golpe de *jiu-jitsu*.

Al sentir a sus espaldas el grito de dolor, los dos hombres se volvieron. Ante ellos, sin armas, en posición de lucha, se hallaba el individuo al que buscaban.

Tras unos segundos de duda, se lanzaron al ataque, confiando en la superioridad numérica. El puño de Walter, profesor de boxeo durante años en la Academia de Quántico, se abatió sobre el llamado Pedro, derribándole de un formidable izquierdazo, mientras en un esguince, admirable por su ejecución, hurtaba el cuerpo a la acometida del segundo enemigo.

El inspector dejó acercarse al único que quedaba en pie, y, cogiéndole por las muñecas, saltó, apoyando sus dos pies en el pecho de su rival y volteándole.

Pedro, recuperado, se le acercaba de nuevo. Esgrimía una navaja. La mano armada surcó el aire en dirección a la garganta de Stebbins, quien dejándose caer al suelo, propinó a su agresor una

patada en el bajo vientre que le hizo gemir y encorvarse. Walter se puso en pie como impelido por un resorte y desenfundó la pistola. Varias detonaciones atronaron la noche y los revólveres que habían sacado dos de sus enemigos se abatieron en sus brazos sin vida...

Cargó con el cuerpo inconsciente del que le acusó de esconderse como una comadreja y corrió para no ser sorprendido por los gendarmes. No estaba en América y la Sureté tenía fama de bien organizada.

Llegó al fin a la Pasarela de Passy, protegiéndose en una de las gruesas columnas que sustentaban el armazón metálico. Su prisionero comenzaba a recobrar el conocimiento.

Le puso de espaldas en tierra y, arrodillándose, sacó un puñal.

El detenido suplicó, con el espanto en las pupilas.

—¡No me mate!

—Eso dependerá de ti. Tus dos compañeros no quisieron decirme lo que sabían y son arrastrados por el Sena. ¿Quién os manda asesinarlos?

—Eugenio Ribaud. Vive en el *boulevard* de Malesherbes, frente a la iglesia de Saint Agustín.

Stebbins recordó el lugar. Se trataba de un magnífico templo de estilo románico que contenía innumerables obras de arte.

—Comprobaré lo que dices. Ve delante. Te apunto desde el bolsillo de la americana.

El forajido no opuso resistencia y los dos hombres entraron de nuevo en el *cabaret* de Boulevard Grenelle, encerrándose en uno de los reservados. No tardó en presentarse el dueño.

—Vigílele, Achard. He de telefonar.

Walter llamó a la Embajada poniéndose al habla con uno de los miembros del

F. B. I.

—Cuando termines la redada, ven por aquí. Hazte acompañar de varios hombres.

—De acuerdo.

El inspector regresó junto a su prisionero, pidiendo una botella de *whisky* escocés. El «informador» Achard salió a la sala destinada al público.

—No sé qué hacer contigo. Es posible que te entregue a la policía por asesinato frustrado.

El parisiense no respondió. Hubo un momento en que temió que aquel hombre le matara. Habitado a pasar largas temporadas en las cárceles francesas, no le importaba una nueva condena.

Tres horas largas transcurrieron antes de que se presentasen dos federales destacados en Francia.

—No ha mentido —dijeron al inspector—. Hemos hecho varias detenciones.

—Salgamos entonces. Nada nos queda que hacer aquí.

Llevando en medio al apache, como un grupo de amigos, alcanzaron la calle. Walter compró una botella de vino y con ella, aprovechando que nadie pasaba, golpeó en la cabeza al único superviviente de los tres que intentaron liquidarle.

Desvanecido, le recostaron contra la pared, vertiéndole parte del licor en la camisa. Cualquiera le tomaría por un borracho...

A la mañana siguiente los hechos se desarrollaron con plena normalidad. Cuando Robert Carra comenzó su conferencia en la Sorbona, el inspector Walter Stebbins, en un avión militar, se trasladaba a Los Ángeles.

Sus compañeros del
F. B. I.,
continuarían el trabajo en Europa...

CAPÍTULO XI

EN el amplio *hall* del «hotel Inglés», John Medway contempló, íntimamente regocijado, a Richard Kohorn, que aplastaba el duodécimo cigarrillo, a medio consumir, en el cenicero.

—Eres demasiado nervioso —le dijo—. Dentro de una hora vendrá Stebbins y será llegado el momento de actuar.

—Mientras tanto, Henry escapará.

—Nosotros tenemos un modo raro de actuar. Los de la Metropolitana, sin que ello implique crítica, lo hacéis todo aparatosamente. Coches, hombres, sirenas...

El inspector fue a replicar con violencia, pero la llegada de un «botones» se lo impidió:

—Le llaman al teléfono, señor Medway...

John, sin apresurarse, entró en la cabina, escuchando lo que decían:

—Bien —respondió—. Avisen a Walter cuando llegue y rodeen los Estudios.

Con paso elástico llegó al lado de Richard, quien le interrogó:

—¿Qué hay?

—Melotti ha pedido telefónicamente plaza para el avión de las cinco de la tarde. Vamos.

En un moderno «Chevrolet» se dispusieron a recorrer los kilómetros que les separaban del domicilio del director de orquesta.

—¿Es Giovanni el jefe? —preguntó Kohorn.

—Él nos lo dirá —contestó el joven, atento a la carretera.

En el domicilio del músico, un criado les abordó:

—¿Qué desean?

—Despedirnos del señor Melotti. Somos amigos suyos.

—Esperen un momento. Tiene visita.

Desapareció el sirviente, regresando a los pocos segundos.

—Pasen.

Entraron en la biblioteca, no pudiendo reprimir un gesto de asombro. Junto a Giovanni se hallaban Luigi, el jefe del «gang» que escapó a la redada de la policía, y Gloria. Richard Kohorn fue a esgrimir su pistola, pero algo se clavó en sus costillas al tiempo que una voz le amenazaba:

—No haga tonterías.

El criado le desarmó, sin dejar de apuntarles. John Medway, sonriendo, dijo:

—¿Me permite sentarme, Giovanni...? Perdone, debí llamarle Henry.

—Hágalo —replicó el músico—. Son muy listos los del F. B. I.,

aunque no tanto como nosotros. Han caído estúpidamente en una trampa. Huiremos en un autogiro que tengo en la parte trasera del edificio. Muy interesante, ¿verdad?

—Desde luego. Una auténtica novela de espionaje..., con un final desastroso. Ni en la vida ni en la fábula triunfa la maldad. ¿Me da un cigarrillo? Siéntate, Richard. Es lástima, Gloria, que no escuchases a tiempo mis consejos. Ahora será tarde.

—Soy hermana de Luigi. Entonces no quise decírtelo. Compartiré su suerte.

—Lo siento por los dos. Bueno, Giovanni. Ardo en deseos de escucharle. Supongo que tendrá interesantes cosas que decirme. No nos engañó. Le dejamos en libertad hasta apresar a todos los que militaban bajo sus órdenes. ¿Para qué llamó a la Compañía aérea pidiendo una plaza?

—Para atraerles. Tengo una cuenta pendiente con ustedes y quiero saldarla de una vez. Mi postura de víctima me ha permitido disfrutar de impunidad el tiempo necesario para destrozar sus mejores instalaciones militares. Creé un falso personaje, Henry, y hasta tuve actores que representaron el papel a la maravilla. ¿Se sonríe?

—Sí. Descubrimos su clave y ningún sabotaje se consumó más que en los periódicos. Le confiamos atribuyéndole éxitos que no obtenía. Así hemos detenido a sus agentes. Usted se va a llevar más sorpresas que nosotros. Se lo aseguro.

Las palabras irónicas de John Medway hicieron palidecer a Giovanni.

—Lo comprobaré. Espero que sea una fanfarronada. No creí que examinarían el proyectil en el laboratorio de balística. Tuve la certeza de que así fue al interrogar Stebbins a Dobrita sobre mis camisetas de lana. Disparé con silenciador contra una almohada. Confiaba en representar más tarde el papel de hombre perseguido. Fueron astutos. Les reconozco ese mérito. Me contradije, Richard. Sé estudiar la fisonomía de los hombres y en mi historia había un punto oscuro. Afirmaba que en Roma me abordó Henry, hablando con él en varias ocasiones, y luego aseguré no recordar bien la fisonomía. Tu semblante se alteró. Sospechabas de mí. Preparé mi mejor coartada con la esposa de Jack Constable, Sarah, la subjefe del servicio de espionaje. Se casó obedeciendo órdenes de la organización. En la música de fondo de las películas que rodaba su marido y hasta en los fonogramas transmitimos noticias y órdenes a todos los países del mundo. Jack ignoraba las actividades de su mujer. Cometió el error de enamorarse de Walter y tuve que matarla, pero antes, convenientemente disfrazada, tomó la personalidad de Henry en la reunión nocturna del laboratorio. Ella no me había visto nunca. Recibía instrucciones telefónicamente o por escrito. Representé bien mi papel. Sea sincero, John, y reconozca mi jugada maestra. Las pruebas sobre mi culpabilidad se vinieron abajo. Además Sarah, que también me suponía el jefe, quedó convencida de que no era cierto. Para que su voz no fuese reconocida por su esposo, se colocó un aparato en la boca. No ignoraba que tarde o temprano todos los agentes son descubiertos. Quise complicar el espionaje con algo de tipo comercial: la pugna entre el cine y la televisión, y me serví de Constable aprovechándome de la influencia que su mujer ejercía en él.

—No nos engañó —le interrumpió Medway.

—Un poco. Mientras lucharon contra Ralph Hogan, no se acordaron de mí. En la Sociedad de Documentales teníamos un agente que se trasladó a París detrás de Walter y que habrá dado buena cuenta de él —John se mordió los labios para ocultar una sonrisa—. En los clisés de las «fotos» extranjeras recibíamos noticias... El cine al servicio del espionaje. Volvamos a Sarah. Quería deshacerse de su marido. Para ello aprovechó la noche en

que usurpó mi personalidad. Antes se lo había ordenado yo por teléfono, y, a punto de consumarse el crimen, intervino usted, Medway. Una vez procesado Constable ella hubiese demostrado que su esposo carecía de motivos poniendo como testigo de su amistad inocente con el inspector del

F. B. I.

a los miembros de una agencia de detectives. La dejé hacer. Me interesaba quitar de en medio a Walter. Por desgracia, Sarah acabó enamorándose. Ése es el mayor defecto de las mujeres. No saben separar la cabeza del corazón.

Richard Kohorn escuchaba atentamente el relato del hombre al que admirara y al que consideró su amigo.

—Finalizaba mi tarea y eliminé a Stefan Dobrita primero, y a mi secretario después. Simulé el rapto. Continuaban mis coartadas. Los atentados del monte Wilson y de los estudios de televisión sólo pretendían desviar las investigaciones. Lo conseguí en parte —sacó una «Browning» del bolsillo trasero del pantalón—. Esta pistola es la que buscan las autoridades de Nueva York. Di muerte a dos traidores:

Moley y Sprigg. Me enteré tarde, Medway, de su ingreso en el gang de Hogan. Éste le había descubierto ya. Se salvó milagrosamente. Confieso que Stebbins me desconcertó al asegurar que usted había matado a Henry. Llegué a creerme seguro. Es lástima que tengan que morir. La policía encontrará en sus cuerpos otras balas como las de los gangsters que nombraron por vez primera a Henry. El silenciador es un útil invento.

John Medway, decidido a ganar tiempo, dijo:

—No se apresure, Melotti. ¿Por qué traicionó a su patria? Lo tiene todo. Honores, riqueza... ¿Qué le indujo a aliarse con una pandilla de criminales?

—El odio. Aborrezco al país que me negó una oportunidad de triunfar. En la historia que impresionó Richard en el aparato de cinta magnetofónica oculta en la cartera, viejo truco para emplearlo conmigo, mentí únicamente en la ayuda de ese Henry que les ha apasionado. Triunfé porque los italianos, reconociendo mi talento, me dieron más facilidades que en los Estados Unidos, donde, entre la incompreensión y el hambre, contraí un mal incurable. Decidí vengarme, y aprovechando una *tourné* por la zona oriental de

Alemania ingresé en el servicio secreto ruso. ¡Cuántas consignas han pasado en mis partituras! ¿Satisfecha su curiosidad?

Los ojos de Giovanni expresaban un rencor sin límites. Richard intervino:

—Es peligrosa la última jugada. Debiste escapar.

—No. John es uno de los miembros del

F. B. I.,

en el que más confianza tienen sus jefes. A ti se te considera como uno de los mejores hombres de la Metropolitana. Matándoos privaré a la nación de dos valiosos auxiliares. Hemos hablado mucho.

Melotti retrocedió hacia la ventana. En su mirada brillaba un deseo homicida. Medway y Kohorn se consideraron perdidos.

Y entonces surgió lo imprevisto. Gloria se arrojó contra Giovanni en el momento en que éste apretaba el gatillo. La muchacha recibió el proyectil en el pecho.

Richard, aprovechando el breve desconcierto, se escudó en el criado. John, en un movimiento desconcertante, entabló con Luigi un mortal cuerpo a cuerpo mientras Giovanni saltaba al jardín, pistola en mano. A cinco yardas se hallaba el helicóptero.

Algo se enredó en sus piernas, haciéndole caer. Perdió la automática. Melotti, incorporándose, no pudo evitar un grito de asombro al contemplar al que, en pie, le miraba con odio.

—Stebbins!

—El mismo. Me disponía a entrar en la habitación cuando Gloria se me anticipó. ¿No le extraña que no le encañone con mi revólver? Es para que intente huir y despedazarle entre mis dedos.

Melotti comprendió que si no conseguía desembarazarse en unos segundos de su enemigo era hombre perdido.

Corrió a la izquierda, pretendiendo refugiarse en una de las naves donde se almacenaban los decorados. Walter le siguió y en un salto de pantera sujetó por la espalda al director de orquesta, derribándole de nuevo. Giovanni rodó, hurtando el cuerpo a la brutal acometida. El inspector del

F. B. I.,

consiguió asir a Melotti por un hombro. Le atrajo hacia sí y su puño derecho, pese a la difícil postura, se aplastó contra la boca del que, carente de vigor para enfrentarse a Stebbins, se supo perdido.

Walter se dio cuenta tarde de la rendición del jefe de la

formidable red de espionaje, cuando el rostro de Giovanni era ya una masa tumefacta, machacada por sus duros nudillos.

Alzó a Melotti como a un pelele, asiéndole de las solapas de la americana. Al soltarle, el músico se desplomó, privado del conocimiento.

El inspector, seguro de que su enemigo tardaría en recobrase, se dirigió a la ventana, saltándola, para intervenir con la máxima rapidez y eficacia. Richard Kohorn se debatía bajo la corpulencia del criado de Giovanni. John Medway, por el contrario, acorralaba a Luigi en un rincón, cambiando con él feroces golpes. En el centro de la estancia, indiferente a lo que no fuera rendir cuentas a Dios, el cadáver de una mujer...

Walter, de un culatazo, dejó fuera de combate al criado. Fue a ayudar a Medway y éste le rogó:

—No te metas. Hacía mucho que no practicaba boxeo.

Los dos inspectores, el de la Metropolitana y el del F. B. I.,

presenciaron un breve combate durante el que el boss italiano recibió varios izquierdosos, rematados en un soberbio «uppercut».

—¿Y Melotti? —preguntó John—. ¿Consiguió huir?

—No. Le apresé.

—¡Pobre muchacha! —comenzó Medway mirando a Gloria—. Es la segunda vez que me salva la vida. Le repugnaba la violencia. Pese a estar unida con vínculos de sangre a Luigi, arriesgó su vida por nosotros.

—Tal vez se enamoró de ti —sugirió Stebbins.

De un modo u otro se llevó consigo su secreto.

John, luego de esposar a Giovanni, refirió a Walter la desconcertante historia de Melotti, terminando:

—Su afán de venganza le perdió. Carecíamos de pruebas. Sus magníficas coartadas sólo él podía destruirlas. El caso ha terminado. Resta apresar al ingeniero austríaco que colaboró en la explosión de Monte Wilson y apoderarnos de Jack Constable —John Medway hizo una pausa—. Marión y él piensan casarse... Eres mi superior y carezco de autoridad para aconsejarte nada. Sin embargo...

—¿Qué? —apremió Stebbins.

—Me olvidaría de que ese hombre ha existido.

El inspector del

F. B. I.,
meditó unos segundos.

—Consultaré a Washington —se decidió al fin—. De paso, hablaré con la muchacha. Kohorn, es oficialmente, quien ha intervenido en ese asunto. Nosotros nos quitaremos de en medio, como de costumbre.

Walter y John estrecharon la mano del de la Metropolitana.

—Quizá no volvamos a vernos —sugirió el primero—. Adiós.

—Suerte, amigos.

Richard se hizo cargo del traslado de los muertos y prisioneros. Stebbins, en su «Ford», iba abstraído. Medway respetaba su silencio.

Llegaron al cuartel general. Marión Forrest les esperaba en la puerta. Al verles, en su rostro se dibujó una sonrisa de gozo.

—¡Gracias a Dios! —dijo—. Temí que os hubiesen matado.

—Tenemos el pellejo muy duro —bromeó John—. ¿Sabes noticias?

—Sí. El Departamento me autoriza a contraer matrimonio con una única condición.

—¿Cuál?

—Que Jack Constable colabore con nosotros. Se necesitan especialistas en cine y televisión.

Medway movió la cabeza, dubitativo:

—No accederá.

Los ojos de Marión chispearon alegres.

—Se ve que no estás enamorado. Constable no sabrá negarme lo que le pida...

CAPÍTULO XII

EN el amplio y lujoso comedor del «Waldorf Astoria», cuatro hombres y una mujer saboreaban unas copas de «*cognac*» después de la comida. Uno de ellos, de aspecto agresivo por su pronunciado mentón, comentó jocoso:

—Espero que el Estado Mayor no se entere. En el reglamento están prohibidas las reuniones.

—No exageres, Walter —intervino John Medway—. Festejamos dos acontecimientos: el ingreso de Jack Constable en la C. I. A.

y su boda con Marión, a la que no pudimos asistir.

—Ignoras un tercer motivo —sonrió Richard Kohorn—. Haces mal en no darle la noticia, Stebbins.

—Déjale que se intrigue un poco. Nos estamos quedando solos en el comedor.

—Mejor. ¿De qué se trata, Kohorn? —sugirió Marión—. Con Walter es inútil. Es un reservón.

—Romperé en tu honor esa costumbre. El director del F. B. I...

—... ha ascendido al empleo inmediato a John Medway en atención a los servicios prestados.

Todos se volvieron, incorporándose con respeto. Ante ellos, se hallaba el jefe supremo del «Federal Bureau of Investigation».

—Quise tomar una copa con ustedes y darles una lección. Para el

F. B. I.,

no hay nada oculto. Ni la reunión afectuosa de un grupo de agentes...

FIN



R EDITORIAL ROLLAN, S.A.

PINTO (Madrid)

12
Ptas.

Concesionarios exclusivos en América: **EDITORIAL AMERICA, S.A.**
2180 S.W. 12 Avenue • MIAMI, FLA. 33129 - USA

NOTAS

[1] Los drive-in cinemas se fundaron uniendo dos de los factores de imprescindibles para los americanos: el coche y el «cine», y están cobrando un extraordinario auge en los Estados Unidos, donde funcionan más de dos mil. < <

[2] Ciudad española. < <